

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administración general, calle del faubourg Montmartre, nº 10, en París.

AÑO 15. — Nº 159.

SUMARIO.

Telegrafía de las locomotoras; grabados. — La prisión de Valenzuela. — A María. — La estatua ecuestre de Francisco I en el gran patio del Louvre; grabado. — La iglesia de San Eugenio en París; grabado. — Los estanques de Gentilly; grabado. — Los patinadores madrileños; grabado. — Revista de París. — Valeriano. — Sebastopol; grabados. — El montero. — Exposición Universal de Bellas-Artes; grabados. — Exposición Universal de la Industria. — Boletín científico. — Piscicultura; grabados.

**Telegrafía de las locomotoras**

POR EL SR G. BONELLI.

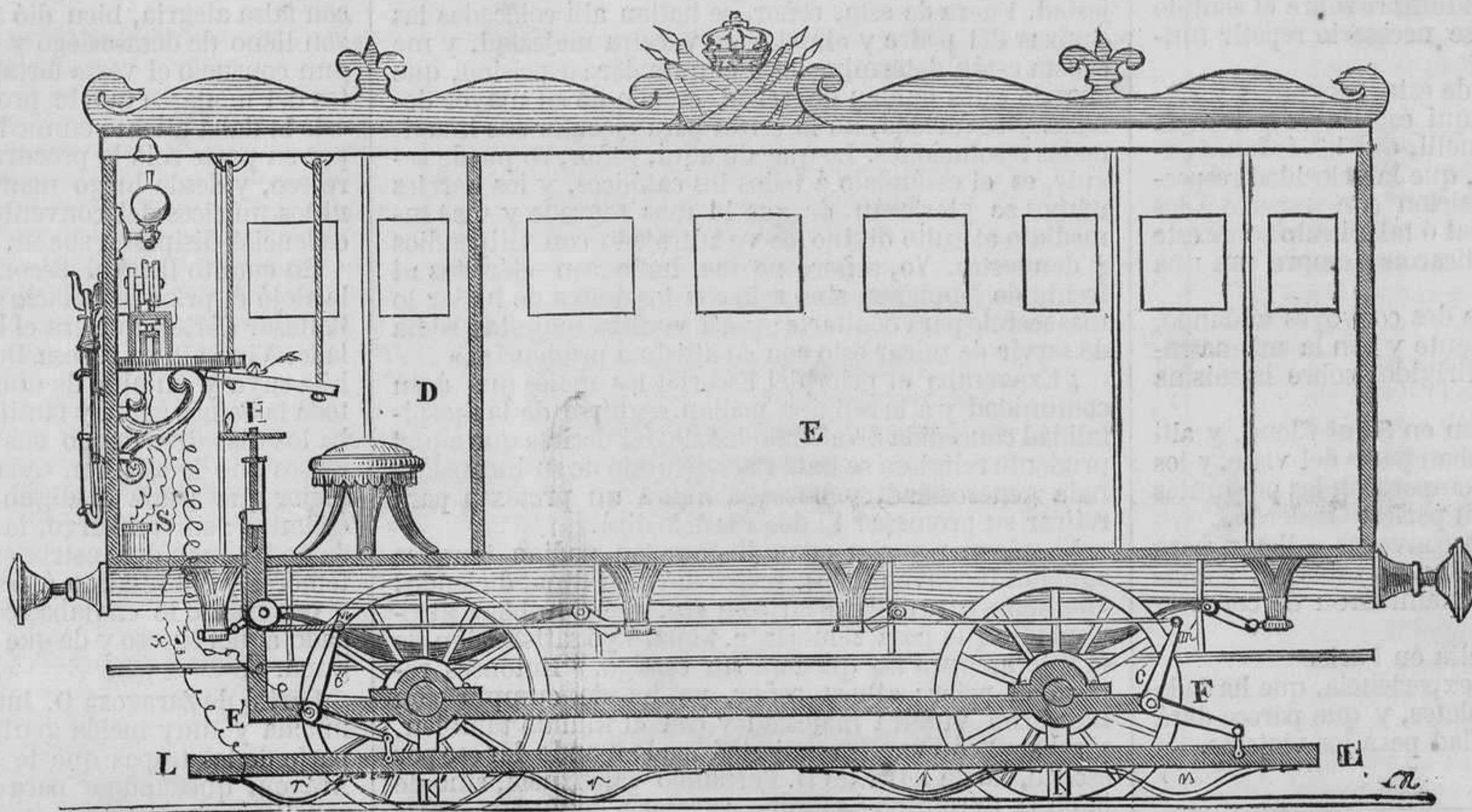
Vamos á dar cuenta á nuestros lectores de los experimentos que se acaban de hacer de la ingeniosa invención del Sr. Bonelli, acompañando nuestra descripción con dos dibujos tomados de la misma noticia que ha publicado el autor, representando el uno el corte vertical del wagon y el otro su vista interior en el momento que se hace el experimento.

Este nuevo telégrafo inventado por el Sr. Bonelli que pone en comunicación entre sí todos los convoyes de una línea, sea cual fuere su dirección, se compone, como para todos los telégrafos eléctricos, de un conductor metálico aislado que une las dos extremidades de la línea, y de un aparato de telegrafía.

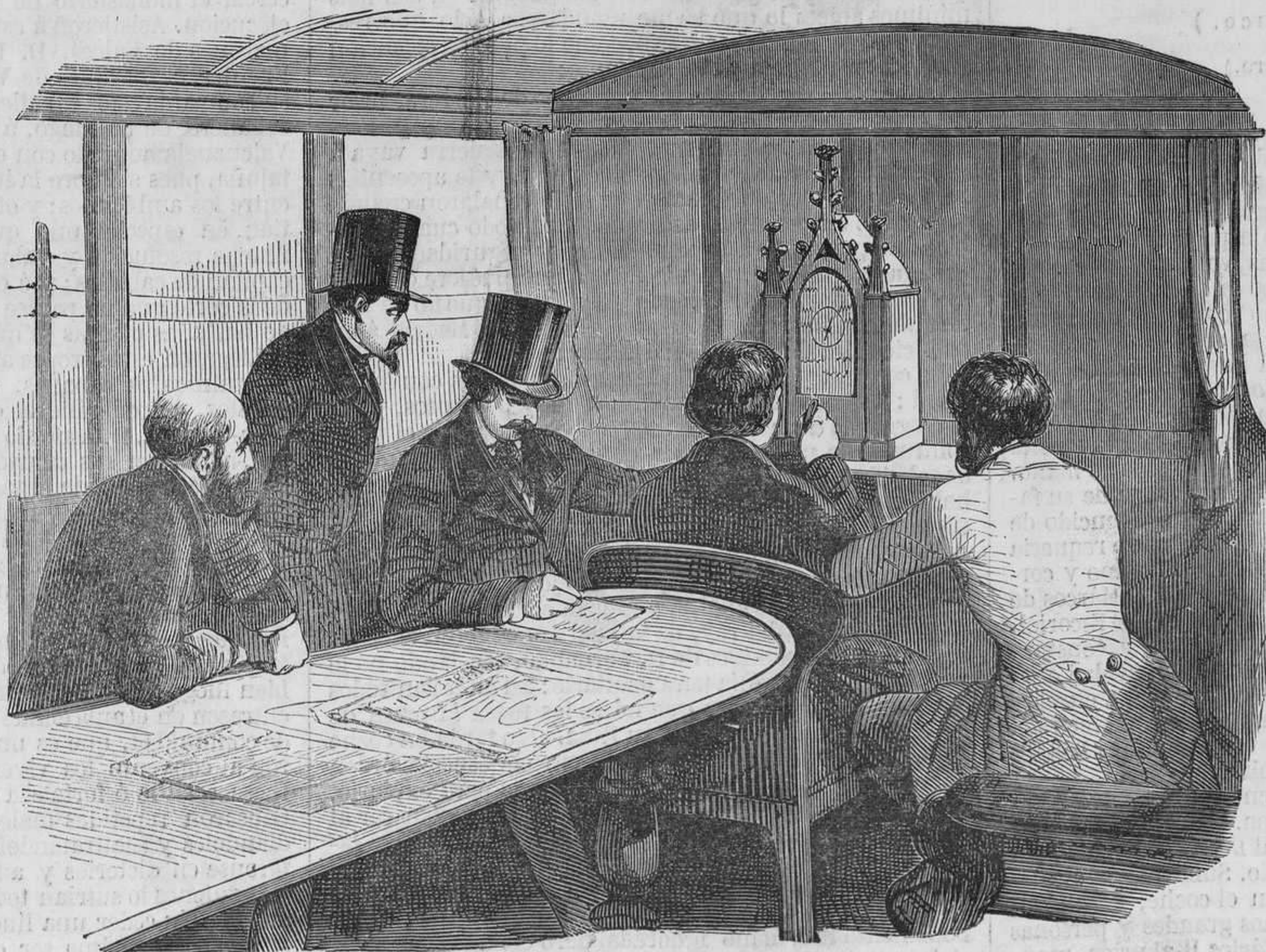
En el sistema del Sr. Bonelli, el alambre de línea ordinario se encuentra reemplazado por una barra de línea, ó sea una banda de hierro de algunos milímetros de grueso y de 2 centímetros de anchura, fijada en medio de la vía por medio de

TELEGRAFIA DE LAS LOCOMOTORAS.

D, parte anterior del wagon destinado al telégrafo. — E, compartimiento del correo. — E, F, pieza de hierro que descansa en los ejes del wagon, por medio de dos almohadillas. — K, K', listones que sirven de guía á una pieza de madera embreada L, L'. Esta pieza que puede subir y bajar guiada por los listones K, K' está contenida por las dos palancas *i i'* unidas entre sí por la varilla *m, m'*. — H, manecilla que sirve para subir ó bajar paralelamente á sí misma la pieza L, L' y que pone en contacto los cuatro resortes *r, r, r, r*, con la barra *n, n'*, que hace el papel de línea telegráfica. — T, telégrafo fijado en la pared del compartimento D. — *x*, conductor que une los cuatro resortes *r* al telégrafo T. — P, V, tubo bocina de goma elástica colgado en la pared anterior del wagon. — S, pila galvánica ordinaria.



Telegrafía de las locomotoras, por el Sr Bonelli. — Corte vertical del wagon.



Telegrafía de las locomotoras. — Interior del wagon en el acto del experimento.

aisladores de barro cocido que la mantienen á unos 10 centímetros sobre la tierra.

Un conjunto de resortes que se levantan y se bajan permite el poner en comunicación la barra de línea con el aparato telegráfico dispuesto en un wagon. Estos resortes se deslizan sobre la barra de línea mientras dura la marcha del convoy, de modo que el empleado que va en el wagon puede á cada instante enviar ó recibir señales telegráficas.

La comunicación de este mismo aparato con el suelo se opera por el eje del wagon, las ruedas y los rails.

Tal es sencillamente el telégrafo de las locomotoras.

Ahora, para los cambios de vía y los pasos á nivel, el Sr. Bonelli dispone de distancia en distancia resortes unidos entre sí por un alambre subterráneo que toca á los dos extremos de la barra de línea.

Estos resortes, aislado

de la tierra, se hallan siempre en contacto con una banda de hierro que está colocada debajo del wagon, y hacen que las comunicaciones telegráficas no se interrumpen jamás.

Toda especie de telégrafo eléctrico puede emplearse con buen éxito: el que ha elegido el Sr. Bonelli para sus experimentos es el telégrafo de Wheat-Stone y Cooke, porque une á su mucha sencillez la ventaja de no desatregarse con el movimiento de los trenes.

Este sistema tan sencillo, que basta examinarle un instante para comprender su mecanismo, ha hecho ya sus pruebas en el Piamonte, donde está en práctica hace seis meses en varias líneas férreas.

Hé aquí algunos detalles sobre el experimento:

Un primer convoy, en el que se hallaba el ministro de Obras públicas, con el Sr. de Cavour, el Sr. Bonelli y otros personajes, salió del embarcadero de la calle de San Lázaro el 7 de diciembre á las doce del día, y algunos instantes después fué seguido por otro en el que iban los demás miembros del comité de experiencias.

Este último convoy se detuvo á la altura de Clichy-la-Garenne, donde principia la construcción de la *barra de línea* hecha por los cuidados del Sr. Bonelli. Durante este tiempo el primer convoy proseguía su marcha; en cuanto al segundo, representaba un puesto fijo. En esta posición los dos convoyes cambiaron algunas señales telegráficas, lo cual se efectuó con la misma facilidad que entre dos estaciones telegráficas ordinarias.

Llegado á Courbevoie el primer convoy, envió al segundo la orden de seguirle, y este se puso en marcha inmediatamente. En esta nueva faz de la experiencia los dos convoyes marchando á toda velocidad establecieron entre sí un cambio constante de despachos, que tuvo lugar con igual precisión que la vez anterior.

Entre Batignolles y Suresnes, esto es, en ménos de 20 minutos, se habian enviado de un convoy á otro unas 40 preguntas y otras tantas respuestas, sin que jamás hubiese la menor incertidumbre sobre el sentido de una palabra, y sin que fuese necesario repetir ninguna cosa.

Inútil es entrar en el detalle de estas preguntas y respuestas; bastará señalar, y aquí está la importancia práctica del invento del Sr. Bonelli, que las órdenes expedidas se ejecutaron al punto, que la velocidad respectiva de ambos convoyes, su posición con respecto á los postes kilométricos, su paso á tal ó tal minuto sobre este ó el otro punto de la vía se indicaron siempre con una precisión instantánea.

Esta experiencia hecha entre dos convoyes andando, se habria podido hacer igualmente y con la misma rapidez entre 10 ó 12 convoyes dirigidos sobre la misma vía.

Los dos convoyes se reunieron en Saint-Cloud, y allí bajaron las personas que formaban parte del viaje, y los dos secretarios de la comisión compararon las preguntas y las respuestas, que estaban en perfecto acuerdo.

Al cabo de 10 minutos estos convoyes salieron para Suresnes, donde tuvo lugar una nueva estación, y donde el ministro y la comisión examinaron de cerca la *barra de línea* y el aparato.

A las dos se hallaban de vuelta en París.

Así se terminó esta brillante experiencia, que ha dado resultados tan notables y completos, y que parece dará en lo sucesivo la mayor seguridad para los viajeros.

## La prision de Valenzuela.

(RASGO HISTÓRICO.)

(Artículo primero.)

### EL CONVENTO BLOQUEADO.

En alas de su buena dicha habia volado D. Fernando Valenzuela, marqués de Villasierra hasta remontarse tan alto que llegó á la cumbre de la privanza con el rey D. Carlos II, llevándose tras sí las voluntades de muchos, fomentando al mismo tiempo la envidia de no pocos, que ansiosos de venganza, no seogaron un punto hasta derribarle de un golpe de la altura á que le habian levantado sus calidades. El bastardo D. Juan de Austria y sus partidarios, entre los cuales se contaban los mas esforzados varones de la nobleza de España, triunfantes en el terreno de la opinión, habian resuelto acabar con Valenzuela por medio de un golpe de mano. Viendo el rey el peligro que corría la persona de su favorito, á quien habia estimado tanto, y convencido de que para salvarle del furor de sus enemigos se requería la cooperacion de otro sugeto de no ménos ánimo y cordura, determinó valerse del mismo P. Fr. Márcos de Herrera, prior del monasterio de S. Lorenzo del Escorial, á quien Valenzuela habia demostrado larga y constante enemistad. ¡Qué bellos triunfos los de la caridad cristiana! Aquel prepotente valido, derribado de la cumbre de su poder, se iba á ver ahora entregado á merced del buen fraile, y este iba á pagarle con inauditos beneficios todos los daños que de él habia recibido.

El día 17 de diciembre de 1676 envió el monarca á llamar á toda priesa á su reverendísima. El P. Herrera se puso inmediatamente en camino, y al llegar á la córte, sin tomar descanso se dirigió á palacio. Subió por la escalera donde sus majestades tomaban el coche, y halló en ella al rey acompañado de muchos grandes y personas de su servidumbre. No bien vió Carlos II al prior, mandó á todos que se apartasen, y habiéndole conducido á

la *pieza ochavada*, allí inmediata, cerró las puertas. Postrose el monje á sus plantas, el rey le hizo levantar, y dando indicios de gran turbacion « te llamo.... te llamo ».... le dijo balbuciente, sin poder explicarse mas.— « Señor, díjole el P. Márcos, sosiéguese vuestra majestad: dé treguas al sentimiento y mire lo que manda, porque ya está obedecido. » Y entonces D. Carlos, cobrando ánimo, continuó: « no tengo de quien fiarme sino de tí: quiero que te lleves al Escorial á Valenzuela; solo tú puedes salvarle. » Habiéndole recomendado todo el secreto posible, ofreció el prior al rey que su voluntad seria cumplida, y se retiró dispuesto á obedecer su real precepto, suplicándole solo al despedirse que le permitiera ponerse á sus reales piés en caso de ocurrir alguna dificultad sobre lo mandado. Preveía el prior que la retirada del marqués de Villasierra al real monasterio no dejaria de suscitar inconvenientes así para la casa como para su propia persona. Precaver los riesgos que pueden sobrevenir es entrar con mayor seguridad en los empeños; pero conociendo la zozobra que al rey dominaba, dejó para mejor ocasion el decirlos.

Pasados dos días, volvió á palacio el P. Herrera, y puesto á los piés del monarca le dijo: « Señor, yo he considerado la órden que vuestra majestad me tiene dada, y como buen vasallo, criado y capellan tan inmediato de vuestra majestad no hallo repugnancia alguna para dejar de obedecer sus reales preceptos; pero ofréceseme poner en la consideracion de vuestra majestad que nadie sabe mejor que vuestra majestad la union y alianza que se compone y forma de alguna nobleza de España, en la cual entre el señor D. Juan de Austria, y todos con ánimo deliberado de coger á Valenzuela en la parte donde estuviere, aunque le sepulsen las últimas concavidades de la tierra. Y si por ventura fuesen á S. Lorenzo, siendo casa de vuestra majestad y tan de Dios, no parecerán bien allí rumores de carabinas, ni ménos desafueros de soldados, pues fuera en gran desprecio de su divina majestad. Fuera de esto, señor, se hallan allí colocadas las cenizas del padre y abuelos de vuestra majestad, y me consta están determinados á emprender su prision, que cuando estos habian de ser el escudo de su mayor defensa y seguridad, no lo serán para ejecutar sus imaginadas resoluciones. Lo que de aquí, señor, se puede seguir, es el escándalo á todos los católicos, y los herejes ufanos se gloriarán de que lo mas sagrado y mas inmediato al culto divino se ve ultrajado con vilipendios y denuestos. Yo, señor, no me hallo con ejércitos ni frente de banderas, sino solo con los deseos de hallar lo mas secreto para ocultarle; y así vuestra majestad se ha de servir de mirar esto con su altísima prudencia. »

¿Exageraba el prior del Escorial los males que á su comunidad y á la religion podian seguirse de la hospitalidad concedida á Valenzuela? ¿Podrá decirse que aquel prudente religioso se habia arrepentido de su inconsiderada generosidad, y buscaba ahora un pretexto para retirar su promesa? El desenlace lo dirá.

Viendo el rey con cuan justa razon podian temerse aquellos inconvenientes, respondió á su Rma. diciendo: « no tienes para embarazarte en eso, que si hubiere atrevimiento que cosa semejante, tomaré yo satisfaccion de él y te aseguro no quedará sin castigo. » Entonces replicó el prior: « Pues señor, yo he de cumplir con Dios, con vuestra majestad y con el mundo tambien, y así suplico á vuestra majestad me lo mande dar eso por escrito, no de letra de D. Fernando Valenzuela, sino de la de D. Gerónimo de Eguía, secretario de vuestra majestad y firmado de vuestra real mano, en que se me dé órden de todo lo que hubiere de hacer, que no quiero exceder ni quedar corto, sino seguir en sus mas mínimos ápices lo que se me mandare. » A lo que respondió S. M. que así lo haria, como lo puso en ejecucion dando á su Rma. la carta siguiente:

« Venerable y devoto fray Márcos de Herrera, prior del convento Real de S. Lorenzo: En caso que D. Fernando de Valenzuela, marqués de Villasierra vaya á ese convento, os mando le recibais en él y le aposentéis en los aposentos de palacio que se le señalaron cuando yo estuve en ese sitio, asistiéndole en todo cuanto hubiere menester para la comodidad y seguridad de su persona y familia, y para lo demás que pudiere ofrecérsele, con el particular cuidado y aplicacion que fio de vos, en que me haréis servicio muy grande. De Madrid á 23 de diciembre de 1676. — Yo el Rey. »

La cordura y la sagacidad no están reñidas con la caridad: Valenzuela tenia enemigos muy poderosos, y sin el resguardo de la carta del rey, con la cual podia el prior contrastar la malicia de los que quisieran calumniarle de rebelde y oficioso, toda la generosidad del P. Herrera habria sido ineficaz para salvar al perseguido ministro.

Desde que S. M. dijo á su Rma. que se le llevase á San Lorenzo hasta que esto se puso en ejecucion, se pasaron ocho días, todos los cuales, y mucha parte de las noches, asistió al cuarto del rey, de lo cual concibieron algunas sospechas los enemigos de D. Fernando, recelando no le sacase en su compañía para ocultarle: así andaban todos hechos unos argos para que no se les fuese la presa de las manos. Una noche salió su Rma. algo tarde en coche de S. M. como lo hacia las mas veces por especial órden del rey, é imaginándose la gente pagada para expiarle, que llevaba consigo al marqués, resolvieron disparar al coche con unas carabinas. La noche era lóbrega, y temiendo errar el tiro determinaron seguir al carruaje hasta las mismas puertas de S. Gerónimo del Prado para ejecutar mejor el golpe al apearse los que iban dentro. Felizmente una mano ignorada, pero conducida por el cielo aproximó en aquel momento un farol á la puerta del convento, y los asesinos que tenian ya asestadas las

carabinas para disparar, reconocieron su engaño y huyeron corridos.

Al día siguiente fué el prior á palacio y el rey le previno que cuando encontrase momento favorable para la evasion del marqués le daria aviso secreto á su celda de Madrid. Volvióse el buen monje á S. Gerónimo, y la víspera de Navidad recibió en un fútilo un papel que solamente contenía estas palabras: *mañana al amanecer*. El día de Navidad muy de mañana salió Valenzuela de palacio acompañado solamente de D. Alonso de los Herreros, caballero del hábito de Santiago, secretario de S. M. y oficial mayor en la secretaría de Estado: ejemplo por cierto de un pecho agradecido, pues de tantos á quienes D. Fernando habia favorecido subiéndoles al ápice de la felicidad, solo este caballero demostró su nobleza en su consecuencia.

Llevaba por resguardo de su persona veinte soldados de caballería; corta defensa en caso de que sus émulos hubiesen maliciado el viaje; pero quiso la fortuna librarle por entonces del peligro para abandonarle á él al poco tiempo. El mismo día y á la misma hora salió el prior en un coche de seis mulas acompañado de fray Nicolás de Alcocer y fray Manuel de Casarubios su secretario, y para mas desmentir sospechas, habiéndose encaminado Valenzuela por el Pardo, tomó la direccion de La Torre ( hoy Torrelodones ), sin poder reunirse con él en todo el viaje por el grande aguacero que caía, pues los arroyos mas pequeños se habian convertido en rios caudalosos, juntándose á esto una densa niebla que les hacia caminar con mucho peligro y riesgo. Unos y otros pensaron perecer en el arroyo del Tercio, cuyas aguas al vadearle se entraban en el pesebron del coche. Finalmente libres de todo daño dieron vista á S. Lorenzo, donde al llegar el prior halló á Valenzuela en la hospedería, acompañado de muchos religiosos; y aunque el derrocado ministro se esforzó en recibir al jefe de aquella comunidad, tan agraviado por él en otro tiempo, con falsa alegría, bien dió á entender que tenia el corazón lleno de desasosiego y de inquietud. Serviale de algun consuelo el verse fortalecido con muchos documentos del monarca que le prometía en todo defenderle, y esto le daba aliento en medio de sus aflicciones. El prior por su parte solo le procuraba ocasiones de diversion y recreo, y desde luego mandó poner á su disposicion los niños músicos del convento para que con sus melosas cadencias disipasen sus melancolías.

En cuanto llegó al Escorial el marqués de Villasierra le alojó el prior en palacio en el cuarto del príncipe Don Baltasar Carlos, que era el lugar que S. M. le tenia señalado. Vino allí su esposa Doña María de Uceda con una hija suya y un niño de nueve meses no cumplidos, con toda la demás gente y familia que tenia en Madrid. Pasaba los dias divirtiéndose sus pesares con los buenos religiosos que le asistian, cada uno de los cuales hacia lo mejor que podia el digno papel de amparador de su enemigo; sin embargo, la noticia de la próxima entrada de D. Juan de Austria en la córte le causaba nuevos temores y sobresaltos, á pesar de que el rey de palabra y por escrito le enviaba recados de que no le diese cuidado aquel suceso y de que no se le seguiria vejacion alguna.

Partió de Zaragoza D. Juan de Austria acompañado de mucha y muy lucida gente, y llegado á Hita, despidió parte de las tropas que le venian dando convoy desde Aragon, quedándose para su resguardo con parte de la caballería de Cataluña y ordenando que las restantes, bajo el mando del duque de Medina-Sidonia, y de Don Antonio de Toledo, hijo del duque de Alba, fuesen á cercar el monasterio de S. Lorenzo, como se puso en ejecucion. Asistieron á estos señores en esta empresa el marqués de Falces, D. Luis de Peralta, el conde de Fuentes, el marqués de Valparaiso y otros. Llevaron en su compañía estos caballeros á D. Bernardino Sarmiento, caballero de Santiago, á quien el año anterior habia Valenzuela honrado con el mando de la artillería de Cataluña, pues siempre la ingratitud fué moneda corriente entre los ambiciosos; y otros capitanes tambien los asistian, en especial uno que era tenido por hombre de mucha resolucion y valor, llamado D. Pedro Monforte, capitán de caballos; y á estos se agregaron otros señores de la córte que no parece sino que cuando uno se ve caido hasta las piedras se quieren levantar contra él.

Llegaron estas tropas al Escorial y formaron un cerco de quinientos caballos, cogiendo todos los caminos y puestos, y apoderándose del convento. El duque de Medina-Sidonia, D. Antonio de Toledo y los demás capitanes, pusieron sus cuarteles en un edificio dependiente del monasterio denominado *la Compañía*. Desde allí expedian sus órdenes y mandatos á todos los demás soldados, que como lobos hambrientos rodeaban el santo cenobio para devorar al affigido que se habia refugiado en él. Pusieron centinelas en todas las salidas del convento sin permitir la entrada á persona viviente, hasta estorbar que penetrasen en la clausura el médico y el cirujano para la asistencia de los religiosos enfermos; si bien luego, con mejor consejo, dieron permiso para que entrasen en el aula donde los seminaristas decian el oficio de comunidad, que es una pieza muy espaciosa. Quitaron al convento los víveres, y como si el monasterio fuese castillo ó fortaleza querian rendirlo por hambre. Causaron repetidas molestias á los religiosos vilipendiándoles y maltratándoles de palabra y de obra, desatáronse en dicerios y amenazas contra el prior y monjes, quienes lo sufrían todo con resignacion evangélica, aunque sin ceder una línea del derecho que les asistia; mostraban en suma ser ciegos instrumentos de la venganza del bastardo. Habia cundido la consternacion por todo el vasto edificio; los venerables monjes mas ancianos

nos rodeaban de continuo al prior, que procuraba con amabilidad y dulzura granjearse á los principales jefes invitándolos á que tomasen alojamiento en el monasterio donde les ofrecía asistencia y regalo. Ellos despreciaron bruscamente sus generosas ofertas: « Nada queremos, nana necesitamos, decían, sino solo que nos entreguéis al traidor de Valenzuela. » Sin alterarse el prior por tan descomedida respuesta, les pidió la orden del rey, que no pudieron presentar, pretextando que solo la traían verbal. A esto contestaron los monjes únicamente que en tal caso en vano intentaban se les entregase un hombre á quien tenían bajo su protección y amparo por orden expresa y autógrafa de S. M., y defendido además por la comunidad eclesiástica del monasterio. Figurábaseles que no se atreverían á profanarla unos caballeros de tal sangre y calidad. Todo era en vano: los caballos en tanto habían invadido el seminario y tenían sus cuadras en el atrio y aulas bajas de aquel departamento. En la *Compañía*, suntuoso edificio destinado á los talleres, almacenes y oficinas del convento, y donde tenían los monjes la panadería, el horno, los trajes, la fábrica de curtidos, la carnicería, las fraguas y el molino, había sucedido el tráfago bélico al apacible rumor de las faenas conventuales. Los pobres y peregrinos evitaban recelosos ó desfavoridos aquellos umbrales donde hasta entonces siempre habían sido recibidos por la caridad evangélica. Los ecos de los vecinos cerros resonaban de continuo con los toques del clarín, el piafar y relinchar de los corceles, el crugir de las cureñas, la algazara de la soldadesca desvergonzada; las ántes silenciosas bóvedas del monasterio, llenas á intervalos con las armoniosas oleadas del grave cántico geronimiano, se estremecían ahora con los angustiosos clamores de los novicios y los tristes sollozos de los ancianos que temían ver reproducidas en el mas venerando templo de la católica España las impías profanaciones con que siglo y medio ántes había preludiado en el imperio de Carlos V el cisma asolador de Lutero.

Y entretanto el infeliz prófugo qué dias tan horribles pasaba. Temiendo por una parte verse á cada paso descubierto y aprisionado, y por otra ser en cada momento denunciado y vendido por aquellos religiosos á quienes había hecho tanto daño, si por acaso les llegaba á faltar la paciencia con que estaban sufriendo por su causa tantos vejámenes; lleno de confusión finalmente al considerarse con cuanta nobleza y amor correspondían ellos á sus antiguas persecuciones, naufragaba su pensamiento en un mar de negras cabilaciones, y su corazón alternativamente asaltado por el temor, la desesperación, un arrepentimiento tardío y una desconfianza mortal, era presa desgraciada de afectos martirizadores.

En esta horrible lucha consigo mismo pasó Valenzuela los dias 17 y 18 de enero. Como barquilla que resiste en vano el empuje de los vientos en una deshecha tormenta y parece á veces ceder á las embravecidas olas del golfo donde navega, así el ánimo del infortunado cortesano se abandonaba en algunos momentos al imperio de su desgracia; pensó en ellos entregarse de grado á sus perseguidores y sacrificarse á su saña para que cesase aquella situación para él y para sus patrocinadores tan violenta, pero recobraba impensadamente su enérgico temple instintivo y volvía de nuevo á luchar varonilmente con la adversa fortuna. Desde que el monasterio estaba militarmente asediado no vivía ya en el aposento donde se había alojado primero; el prior le había dado otro asilo mas seguro. Asomado á una de las ventanas de su habitación sin ser visto desde afuera, contemplaba el dia 18 por la tarde la hermosa naturaleza que se desplegaba á su vista. Miraba con delicia la majestuosa y variada perspectiva de la campiña, matizada en la ondulosa falda de los cerros con el verde pardusco de los bosques, y en las lejanas llanuras del horizonte con la tinta azul del aire interpuesto que finge un mar en calma donde descuellan á trechos como blancas velas las torres de los diseminados lugarillos. Aspiraba el ambiente embalsamado y puro de aquella atmósfera tan diáfana en las tardes serenas de invierno: no llegaban á sus oídos las amenazantes voces de sus enemigos. ¡Cuánto contrastaba aquella grandiosa calma de la naturaleza con la borrasca interior de su alma! La elocuente majestad de las llanuras y montañas aplaca maravillosamente el tumulto de las pasiones en los corazones grandes: la meditación en el campo es en gran manera benéfica para las almas generosas. Valenzuela no fué insensible á la misteriosa voz que el genio de la soledad llevó á su oído, y rodaron de sus ojos dos gruesas lágrimas, y se desarrugó su frente como aligerada del grave peso de sus infortunios. Tal vez se sintió en aquel instante feliz por la primera vez en medio del azaroso desenlace de su carrera política: ¡breve descanso en el desastrado camino donde había ya entrado!

La presencia inesperada del prior interrumpió en sus labios la sonrisa espontánea de su bienestar. El generoso P. Herrera, con marcada expresión de inquietud en el semblante, entraba á hacerle una proposición peligrosa. Convencidos los enemigos del marqués de Villasierra de que nada adelantarian por la fuerza, habían tratado de apelar á medios suaves y rogado al prior que procurase decidir á su enemigo á tener con ellos una entrevista. Fray Marcos, tomando á su cargo el ponerles condiciones tales que no pudiesen abusar de su condescendencia, había prometido manifestar su deseo al marqués, y á esto venía cuando el infeliz refugiado había ya casi olvidado la posibilidad de que su triste condición empeorase todavía.

PEDRO DE MADRAZO.

## Á MARÍA.

### EN EL MISTERIO DE SU CONCEPCION INMACULADA.

Cristiano y español, con fé y sin miedo,  
Canto mi religion, mi patria canto.

ZORRILLA.

Mas que la luna hermosa,  
Mas que los astros y las flores bella,  
Mas pura que el perfume de la rosa,  
Sin mancha como el rayo  
De matutina estrella  
Nació en Oriente angelical criatura,  
De Dios imágen, y de Dios hechura.

En la mente Eternal fué concebida  
Para que esposa fuera  
Del que dió luz y vida  
Con su palabra á la creacion entera;  
Y por El á ser madre destinada  
Del Santo de los santos,  
Del que al mundo del cielo bajaria  
Para borrar con sangre inmaculada  
Los pecados de tantos.  
Con tan grande mision nació María.  
Dotóla el cielo de sin par belleza:  
En ella de las flores  
Colocó los espléndidos colores,  
Del sol la lumbre clara,  
Del azulado espacio la pureza,  
Y cuanto hermoso en lo creado hallara.

Los cielos se alegraron,  
Batieron los arcángeles sus alas,  
Los querubenes cantaron,  
Naturaleza se cubrió de galas,  
El sol nació mas puro en el Oriente,  
Mecióse el mar tranquilamente  
En su lecho de arena,  
Y alegres bendijeron  
A Jehová los que en el limbo estaban  
Aguardando al Mesías,  
Pues al nacer María comprendieron  
Que de Dios las sagradas profecías  
Al cumplimiento ansiado se acercaban.  
Los hombres ignoraban  
Lo que el cielo, la tierra y el abismo  
Contentos admiraban;  
Y para ellos lo mismo  
Fué el sol que el nacimiento  
Iluminó de la sin par María,  
Que el sol que presta luz á cualquier dia.

Mas ¡ay! que el mismo Dios quitó á la aurora  
Los dorados cabellos,  
Para adornar con ellos  
Las sienes de la Virgen destinada  
A ser su madre amada.  
Y por gracia especial quiso el Eterno  
A María hacer libre del pecado  
Con que todó mortal nace manchado;  
Porque nunca el infierno  
Dijera con satánica alegría:  
« En la madre de Dios he dominado;  
Ella tambien perteneciome un dia. »

El que todo lo ordena,  
El que dió luz al sol y voz al viento,  
El que sembró de estrellas el espacio,  
El que los mares rige y encadena,  
El que cuenta los siglos ciento á ciento,  
El que tiene mil mundos por palacio  
Al elegir morada  
Casa santificada buscaria,  
Donde nunca el pecado  
Hubiera dominado,  
Por eso en gracia concibió á María,  
Por eso dió á su cuerpo la belleza,  
Por eso dió á su alma la pureza:  
Y los ángeles vieron  
Con envidia aquel sér inmaculado,  
Y luego conocieron  
El fin para que Dios lo había creado.

Ella de la serpiente maldecida  
Debia quebrantar el poderío,  
Y dar al mundo la salud perdida,  
La salud que perdió el hombre primero,  
Cuando la voz satánica escuchando  
Y las leyes de Dios menospreciando  
Olvidó que era hechura  
Del Sér Omnipotente:

El cielo entónces imprimió en la frente  
De aquella desgraciada criatura  
De maldicion y muerte la sentencia,  
Maldicion que extendióse  
No solo á Adán, sino á su decendencia.  
Desde aquel dia el hombre contemplóse  
Esclavo de las furias del Averno,  
Separado de Dios y de su gloria,  
Siendo su vida corta y transitoria,  
É indigno de las gracias del Eterno.  
Triste realidad: lloróla en vano  
El hombre arrepentido:  
Mas de su llanto Dios compadecido,  
Siendo en su Omnipotencia  
Igual á la justicia la clemencia  
Quiso El mismo borrar el gran pecado  
A que Adán dejó al mundo condenado.  
Por la mujer el hombre perdió un dia  
Los favores del cielo,  
La salud, y la vida, y el consuelo;  
Pero ese Dios clemente  
Dijo que otra mujer rescataria  
Lo que aquella perdió por la serpiente.

Tú fuiste, Virgen santa, la elegida:  
Bendito fué tu seno,  
De gracia y de pureza tu sér lleno,  
Y en el primer instante concebida  
Sin mancha de pecado.  
¿Quién en duda misterio tan sagrado  
Podrá, Virgen amada?  
La que al mundo venia destinada  
A ser de las virtudes claro ejemplo,  
La que Dios escogió para morada,  
Donde el Dios humanado tuvo un templo,  
¿Caber pudo la mancha que algun dia  
El hijo de su seno borraria?  
¿Sujeta de Satan al poderío  
Pudo estar un instante  
De Dios la mas perfecta criatura,  
La que supo eclipsar al sol brillante  
En gracias y hermosura,  
El espejo Todopoderoso,  
De Jericó la perfumada rosa,  
De Israel el astro luminoso,  
La alegría del cielo,  
La azucena mas pura y mas preciosa,  
Del mundo la esperanza y el consuelo?  
No; que Dios en su gran sabiduría  
De toda mancha libertó á María.

Los Padres de la Iglesia así creyeron,  
Así lo confirmaron sus Doctores,  
Nuestros padres creyendo tal murieron,  
Y devocion tan digna sostuvieron  
Los santos sucesores  
Del Príncipe cristiano.  
El que hoy gobierna con sagrada mano  
La católica Iglesia, ha decidido  
Que fuiste, oh madre mia, concebida  
En el primer instante de tu vida  
De perfecciones llena,  
Mas pura que la cándida azucena,  
Y libre del pecado  
Que el primer hombre nos dejó legado.  
Hoy te saludo yo, Reina del cielo,  
En el misterio santo de este dia:  
Descorre de tu trono el blanco velo,  
Vén á llenar mi pecho de alegría,  
Abandona, Señora, el alto asiento  
Por un solo momento;  
Y si la música mia  
Al contemplar tu frente bella y pura  
Cantar bien no supiera tu hermosura,  
Henchida de placer y fé cristiana  
Diria tu belleza soberana.

La luz primera que mis ojos vieron  
Fué la del alborada  
Del dia en que te llama Inmaculada  
La Iglesia, y desde entónces bendijeron  
Mis infantiles labios á María:  
Desde entónces fuiste mi alegría  
Mi fé, mi confianza,  
Mi dicha, mi esperanza,  
Y cuanto fuera grato al alma mia.  
Alábente los cielos y la tierra,  
Los ángeles, los santos y los hombres;  
Y si el impío te moviera guerra  
Perdónalo, Señora,  
Sé, tú, su salvadora  
Que bastante es el hombre desgraciado  
Cuando de tu cariño se ha apartado.

RAMON DE LA SOTA Y LASTRA.

### La estatua ecuestre de Francisco I en el gran patio del Louvre.

¿Era conveniente colocar una estatua ecuestre en el centro del gran patio cuadrado del palacio del Louvre? A nuestro juicio esta pregunta tenía una respuesta negativa. Además del obstáculo que presenta en el centro de comunicación, hay razones artísticas que robustecen nuestro juicio. Las cuatro fachadas interiores del patio del Louvre, con sus disposiciones variadas, con el lujo de sus esculturas y de sus ornatos, con las muchas estatuas que las adornan presentan un conjunto de una riqueza maravillosa, cuya abundancia, aunque nociva, es de un gusto armónico. Esa obra tan complicada en sus detalles, tan elaborada, forma un todo completo que se basta á sí mismo; las miradas que atrae se encuentran bastante ocupadas en contemplar esa universal elegancia; ¿porqué se ha de distraer la atención de un objeto, de poca importancia relativamente pero que por su situación central y aislada tomará de súbito un valor exagerado á expensas de las magníficas que le rodean?

Una estatua ecuestre se halla bien colocada ya delante de un monumento vasto, ya en una meseta libre como la estatua de Enrique IV en el Puente Nuevo, ó ya en un espacio cerrado por tres lados nada más como la plaza del Capitolio en Roma donde está Marco Aurelio, porque en estos tres casos se sacrifica el lado posterior, el ménos favorable de sus aspectos. No se halla tan bien en una plaza toda rodeada de edificios, porque entonces esa dificultad particular no puede evitarse, si bien es verdad que se salva en parte por la anchura de las vías que desembocan en el espacio; pero en un sitio completamente cerrado como el patio del Louvre, donde se penetra por entradas estrechas es, una necesidad inevitable que una estatua se encuentre orientada sobre la prolongación de una de las dos líneas principales de circulación, esto es, en las peores condiciones de aspecto. Así la estatua de

Francisco I mira á Tullerías: ahora bien, si se entra en el patio del Louvre por la plaza del Carroussel, lo que se ofrece á la vista es un grupo alterado por el escorzo y la sobreposición de la cabeza del jinete sobre la del caballo; y si se entra por el lado opuesto, por la puerta de honor del palacio, entonces es peor naturalmente, pues se ve la espalda del jinete y la grupa y la cola del caballo. Y sin embargo, no habría otra colocación posible en ese terreno.

Además del inconveniente fatal que señalamos, además de ser un obstáculo en el centro de una circulación natural, y además de servir para desviar la atención de un soberbio conjunto arquitectónico, notamos un postrer inconveniente mucho más grave á nuestro juicio. Cuando se niveló el patio del Louvre para plantar jardines que en breve desaparecieron, se levantó el suelo muy poco, pero lo bastante para hacer sensible la impresión de una bajada general de todas las fachadas. Esta impresión de disminución de altura de las construcciones está exagerada hoy por la erección sobre una base elevada también, de una estatua ecuestre colosal. Esta se vuelve en efecto para el ojo del espectador que la descubre por todas partes perfilándose sobre las fachadas, un término de comparación inevitable, una especie de medida que debilita las proporciones de los diferentes miembros de la arquitectura y aniquila sus detalles. Cuando no había estatua en ese patio, había algo que dominaba majestuosamente en medio de la riqueza monótona de esas cuatro fachadas y eran las seis cariátidas colosales esculpidas por Sarrasin en el piso superior del pabellón del centro; véase si hoy no han perdido nada de su importancia! Aho-



Estatua ecuestre de Francisco I<sup>o</sup>, para el patio del Louvre, por M. Clesinger.



Inauguración de la nueva iglesia de San Eugenio, en Paris.

ra si consideramos el modelo de la estatua de bronce de Francisco I compuesto por M. CLESINGER, no le hallamos en armonía con el estilo arquitectónico de las cuatro fachadas que le rodean. Ese estilo, exceptuando las cariátidas de Sarrasin es de una elegancia florida y de un gusto templado, con los cuales contrasta el aspecto un poco teatral de esa estatua. Los antiguos que tenían un sentimiento más justo que los modernos de las condiciones exteriores de lo bello, daban en general á sus estatuas ecuestres una postura de reposo; pero los modernos han hallado ese sentimiento demasiado frío, y en su exageración del sistema contrario han llegado á

producir obras como la estatua de Luis XIV en la plaza de las Victorias, donde el caballo de bronce para cumplir la temeridad de alzar las dos piernas delanteras, tiene que buscar su punto de apoyo en una cola que toca al pedestal. M. Clesinger ha evitado las excentricidades pueriles, y parece haberse acordado del caballo de M. Marochetti que existe en la plaza de San Carlos de Turin, para hacer el suyo. Sin embargo, ha querido darle más movimiento, y le ha presentado en medio de una corveta, cargado y replegado sobre el cuarto trasero, cuyas líneas angulosas se componen de un modo poco agradable á la vista. Otro inconveniente de esa postura, es

que mirándole por el lado del Sur, el caballo carece de aplomo y parece arrastrado como si fuera á caer hácia atrás. Todos los objetos libres flotan al viento en una misma dirección. El caballo es corto, abultado y pesado de pecho; el artista ha querido modelar un animal poderoso para que pueda cargar con ese gigante. La figura de Francisco I ofrecía dificultades al estatuario: esa cabeza airada, ese rostro largo, esa nariz puntiaguda, no son de un carácter bien monumental. Bajo otro punto de vista la armadura de hierro que lleva la estatua no se presta tampoco á las inflexiones, y aun aquí, por el lado del Sur, el cuerpo del jinete forma una línea de una rigidez extrema. El sombrerillo que lleva Francisco I rompe la unidad de traje militar que es uno de los

méritos de la hermosa estatua ecuestre de Colleoní en la plaza de San Juan y San Pablo en Venecia, y la de Manuel Filiberto en Turin, ambas cubiertas de hierro, de los pies á la cabeza. Pero aquí no se trataba solo de mostrar al hombre de guerra, sino también al protector de las letras y de las artes, y á mi juicio se habría debido prescindir de todo ese hierro que constituye una forma tan pobre, sobre todo cuando se ve la figura por detrás, y poner en su vez un traje de corte á ese rey de quien data la corte en Francia; la espada habría sido bastante para recordar el espíritu aventurero de ese príncipe *caballeresco*. M. Clesinger ha tenido presente, y con razón, el retrato de Francisco I por el Ticiano que existe en el museo del Louvre; al sombrerillo demasiado aplastado debió añadir un penacho flotante, sin cuya circunstancia esa larga figura de Don Quijote jovial habría parecido cubierta con el famoso yelmo de Mambrino. Con la intención de corregir su forma aplastada, le ha dado un pliegue ondulado, y le ha colocado oblicuamente sobre la cabeza de Francisco I: por un lado le cubre la frente, pero por el otro le cae demasiado sobre los ojos.

No añadiremos otras observaciones de detalles y nos limitaremos á decir que la nueva estatua ecuestre de M. Clesinger, si tiene cierta franqueza de aspecto y gracia de ejecución, carece á nuestro juicio de las cualidades armónicas indispensables para el lugar en que se halla.

Como muchas obras modernas es más pintoresca que escultural.

D. P.

**La iglesia de San Eugenio en Paris.**

A fines del mes último tuvo lugar la inauguración de una nueva iglesia colocada bajo la invocación de san Eugenio y que se eleva en uno de los terrenos del Faubourg Poissonniere que quedaron disponibles de resultas de la demolición del edificio llamado de Menus-Plaisirs. Como las obras considerables emprendidas en estos últimos tiempos por la administración de la ciudad de Paris, no la permiten por ahora contribuir á la construcción de las iglesias que exige la creación de nuevas parroquias, este cuidado incumbe á las fábricas, que se hallan sin otros recursos que las ofrendas de los fieles. De aquí to-

das esas capillas provisionales que no disimulan que lo son, pues los postes se ven en ellas en lugar de pilares. El altar no es mas que una simple piedra como en los tiempos primitivos; las tribunas son de madera, y todo lo demás por el estilo. Seria imposible procurarse la ilusión de una iglesia por ménos dinero.

San Eugenio esperaria sin duda aun su monumento en una simple capilla, si un digno eclesiástico, el Sr. abate Coquand no hubiera imaginado que reemplazando con el lienzo los arcos de piedra y los pilares de las catedrales se lograria un ahorro considerable en los gastos. Un hábil arquitecto, M. Boileau acaba de llevar á buen fin su programa de una ejecución difícilísima. El edificio se

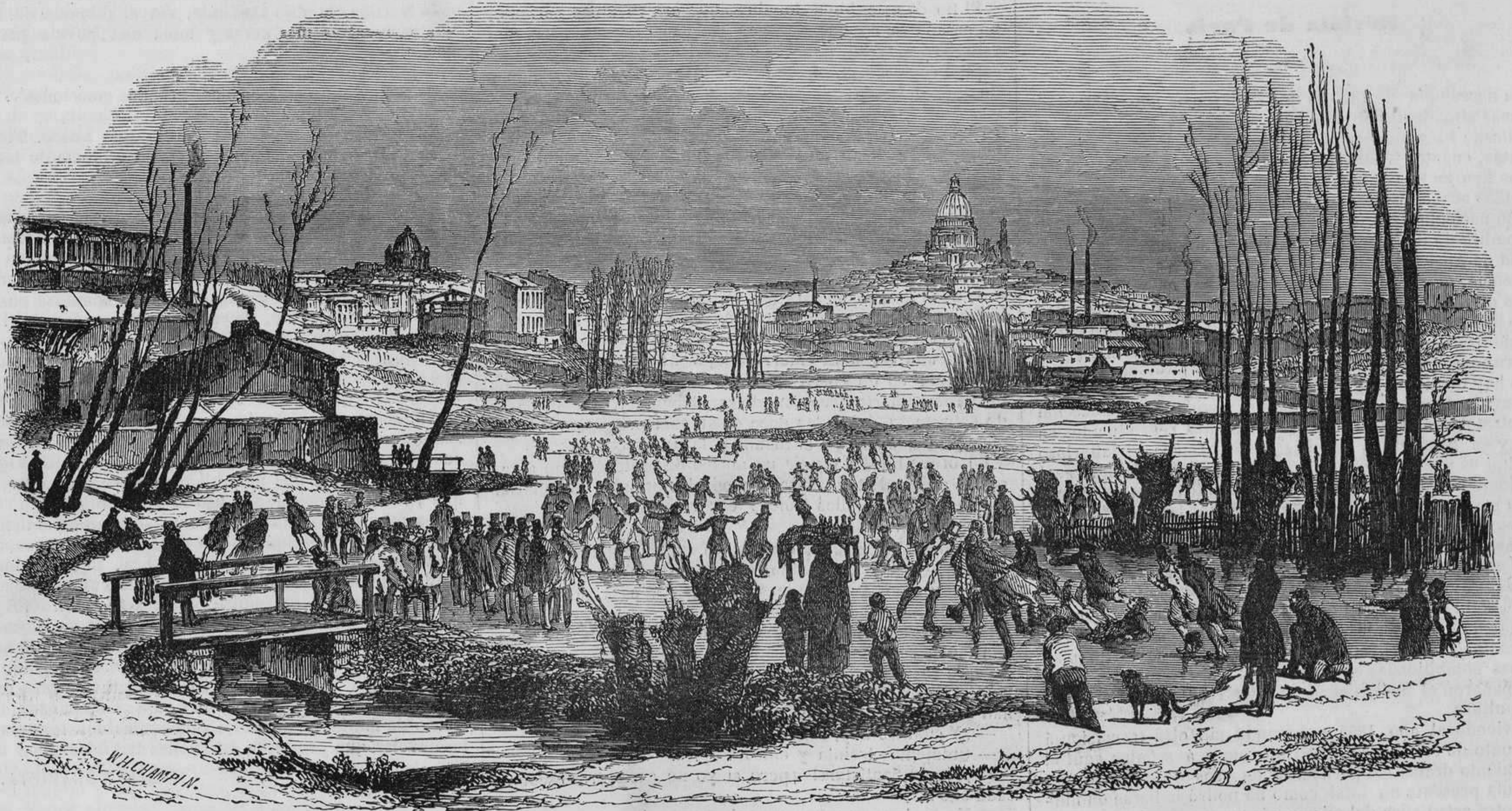
halla construido segun el estilo del siglo XIII, con los materiales y los procedimientos económicos del actual, como lo atestigua nuestra viñeta. Excepto la piedra de los muros exteriores, todo lo demás, esto es, la nave y sus columnas, las tribunas y sus galerías, la bóveda y sus arcos ofrecen un amalgama muy ingenioso de hierro ordinario y hierro fundido. Respetando la forma ogival de la edad-media el artista ha sido creador á su modo, y seguramente le debe Paris una obra original y bien entendida. Ahora añadiremos en conclusión, que M. Boileau apenas ha tenido veinte meses para concluirlo.

**Los estanques de Gentilly.**

En un artículo que publicamos hace tiempo en nuestro periódico (véase el número 58) sobre la provision y el consumo del hielo en Paris, dijimos que se gastan

anualmente en la ciudad unos 13 millones de kilogramos de hielo. Naturalmente son indispensables grandes depósitos, y en efecto en las cercanías de Paris, como Saint-Ouen, Gentilly y la Villette hay grandes pozos construidos para ese fin, independientemente de los de-

pósitos particulares que se cuentan en muchos establecimientos de botillería, repostería, etc. Hoy recordamos estos pormenores al dar aquí un dibujo que representa los grandes estanques artificiales de Gentilly. Estos estanques son unos terrenos secos durante todo el año,



Vista de los estanques helados de Gentilly, en enero de 1856.

excepto en la época que se quiere obtener en ellos el hielo, para cuyo fin se inundan previamente con un brazo de agua que se saca del Bievre, riachuelo que despues de haber bañado durante ocho leguas, de Guayacour, en las cercanías de Versailles, hasta Paris, las

campañas mas ricas y mas fértiles, las mas graciosas colinas, libre, independiente y entregándose á toda clase de rodeos, entra domesticado en Paris para el servicio de los industriales de los barrios Saint-Victor y Saint-Marcel. Este rio celebrado por muchos poetas, es pues el que

suministra todos los inviernos el agua suficiente á esas llanuras convirtiéndolas en grandes depósitos de donde se sacan como unos cuatro millones de kilogramos de hielo, y que son hoy, como todos los años por este tiempo, el objeto de la curiosidad de los parisienses.

**LOS PATINADORES MADRILEÑOS.**

Es un error creer que los países situados bajo latitudes meridionales se hallen exentos siempre de los rigores del invierno. Ya á fines del último diciembre, los madrileños han podido entregarse al ejercicio de patinar en el estanque grande del Retiro, que situado á un extremo y sobre el punto mas alto de Madrid, se hiela mas ó ménos cada año, expuesto como lo está á las frias ventoleras que soplan de las montañas de Somoterra siempre cubiertas de nieve desde fines de octubre. Así las pulmonías abundan en Madrid en cuanto reinan esos vientos peligrosos que, como dice el proverbio: *No apagan una luz y matan á un hom-*



Los patinadores en el estanque grande del Retiro.

bre. Por lo demás el clima de Madrid se halla perfectamente caracterizado en este otro proverbio: *Cinco meses de invierno y siete de infierno.* Esta influencia pérdida no contiene sin embargo á los paseantes que, por el contrario acuden en muchedumbre al Retiro para ver á los patinadores. El Retiro situado á poca distancia del Prado, ese paseo famoso de Madrid, al que está unido por una calle de árboles, es considerado todavía como Sitio Real y disfruta por este título de muchos privilegios, aunque á decir verdad, la mayor parte de las construcciones que formaban el antiguo palacio de los reyes, se hallan sin habitantes: uno de los miembros de la familia real, el infante Don Francisco, padre del

rey, vive en una casa dependiente designada con el nombre de Casa de San Juan.

El terreno que ocupa el Retiro equivale como á la cuarta parte de la villa de Madrid, pero sus tierras se hallan en gran parte sin cultivo; la parte comparativamente mínima, consagrada al paseo público y plantada de los mejores árboles que se ven en Madrid, se termina en el estanque donde se patina y que sirve de puerto á la flota real compuesta de una corbeta de vapor, cuya tripulación completa se elevará sin duda á tres hombres: un fondo de agua que apenas cuenta tres piés asegura de toda especie de peligro á los patinadores y á los navegantes. En el Retiro hay una parroquia, un observatorio y una casa de fieras. En otro tiempo existía también una fábrica de porcelana fundada por Carlos III, que fué destruida por los ingleses durante la guerra de la independencia.

### Revista de Paris.

La necrología de 1855 es una de las mas numerosas, de las mas abundantes en nombres eminentes que se hayan publicado hace muchos años: ¡cuántos escritores, cuántos artistas, cuántos hombres de ciencia, todos queridos y llorados figuran en esa nomenclatura fúnebre! Pero ¡ay! apenas 1855 acaba de contar sus muertos ilustres, cuando ya el año naciente inscribe á la cabeza de su lista cronológica el nombre de uno de los primeros escultores de la época. David de Angers, el ciudadano probo, el artista de alta inteligencia, de espíritu vivo y fecundo, de carácter firme, de genio original y espontáneo, acaba de morir en una edad poco avanzada. Todo el que ha visitado Paris conoce el soberbio fronton del Panteon, su obra maestra, las estatuas y los grupos con que el estatuario ha poblado jardines y museos; pero hay otras dos especialidades del arte en que descollaba David, el busto y sobre todo el medallón. La colección de retratos contemporáneos en medallones reproducidos en yeso y en bronce que ha dejado á la Francia el laborioso escultor es una obra enteramente personal que siempre será considerada como una de las mas brillantes manifestaciones de su genio viril y fecundo. En estos medallones hallarán la historia y la posteridad la realización mas verdadera de los rasgos característicos de casi todas las celebridades contemporáneas, pues David no solo tenia el arte de hacer de todos retratos parecidos, sino que sabia imprimir á cada uno el sello del carácter particular al genio del modelo. La pérdida de este grande artista ha sido muy sentida en Paris; una compacta muchedumbre entre la cual se distinguian muchas notabilidades en la política, las artes y las letras acompañaron el miércoles último sus restos mortales hasta la sepultura.

Volviendo al año 1855 y pasando sin otra transición á un asunto de estadística literaria, vamos á señalar aquí el movimiento dramático parisiense en esos doce meses que sin duda presenta un total como no podrá hallarse en ninguna otra estadística del mismo género en ningun otro país del mundo. Es verdad que los teatros son muchos, pero de todos modos es notable esa abundancia de producciones dramáticas representadas con mas ó menos aceptación en el curso de un año. Hé aquí su enumeración por teatros:

Ópera, 3 óperas, 1 baile; — Comédie-Française, 7 comedias, 2 dramas; — Odéon, 10 comedias, 2 dramas; — Opéra-Comique, 9 óperas; — Théâtre-Italien, 3 óperas; — Théâtre-Lyrique, 9 óperas; — Vaudeville, 18 óperas; — Variétés, 33 vaudevilles; — Gymnase, 4 comedias, 3 vaudevilles; — Palais-Royal, 18 vaudevilles; — Porte-Saint-Martin, 5 dramas, 2 bailes; — Gaité, 4 dramas, 8 vaudevilles; — Ambigu, 1 melodrama, 6 dramas, 5 vaudevilles; — Folies-Dramatiques, 22 vaudevilles; — Delassements, 11 vaudevilles; — Cirque, 4 piezas; — Luxembourg, 31 piezas; — Folies-Nouvelles, 47 piezas; — Bouffes-Parisiens, 16 piezas; — Jeunes-Elèves (Comte), 10 piezas. — Total: 295 piezas.

Es digno de observarse que en esta estadística teatral la esterilidad significa fortuna: verbigracia, el Gimnasio que solo ha dado á luz cuatro piezas nuevas, ha estado representando una de ellas, el *Demi-Monde*, por espacio de mas de seis meses y siempre con el teatro lleno. Su autor es Alejandro Dumas, hijo, y por los beneficios que le ha reportado su aplaudida obra, que se elevan á 20,000 pesos fuertes, se puede calcular cuales habrán sido las ganancias de la empresa. El *Demi-Monde* ha sido también la pieza mas literaria del año 1855, y señalamos expresamente esta circunstancia, porque no son por lo comun las obras maestras las que obtienen esos brillantes resultados metálicos.

Esta verdad no es nueva, pero es bien triste para los hombres de talento, que desearian naturalmente conciliar en sus producciones ambos extremos. Sin embargo, los hay que atienden con preferencia á uno de los dos, y sin salir de la familia Dumas, hallamos en confirmacion de nuestro aserto un ejemplo reciente. Ahora se trata del padre, del famoso autor de tantas obras que corren, con razon, muy celebradas por el mundo, que acaba de dar á la Porte-Saint-Martin una pieza de grandes efectos teatrales, titulada *Orestie*, tragedia en verso imitada de aquellas grandes obras de la Grecia que dieron al teatro un nacimiento tan espléndido.

La primera representacion que se dió en la última semana y á la que asistia lo mas escogido del mundo de las letras, obtuvo un éxito colosal; el autor arrastrado á las tablas, cosa inusitada en Paris, recibió á quema ropa muchas salvas de aplausos. A las dos y media de la mañana Alejandro Dumas escuchaba todavía entre bastidores las al-

banzas entusiastas de algunos amigos apasionados, cuando se le ocurrió preguntar á uno de ellos que es también un escritor de mucha nombradía y gran conocedor en asuntos de teatros, si creia sinceramente que estaba asegurado el buen éxito de su pieza.

— Seguramente, respondió el interpelado, el triunfo literario está fuera de duda.

— Sí, pero ¿el triunfo metálico?

— Ese no le veo tan cierto, la pieza es quizá demasiado ininteligible para la masa.

— Pues, amigo mio, el triunfo literario para nada lo necesito, en tanto que me hacen suma falta muchísimos billetes de mil francos.

Un periódico de Paris cuenta una historia singular que vamos á reducir á pocas líneas:

Parece ser que en uno de los barrios mas retirados de la capital vivia estos últimos años un viejo estrambótico. Nuestro héroe habia venido muy joven á Paris dueño ya de una fortuna considerable que mas tarde se hubo de aumentar con una herencia.

El tio de este buen hombre, que era su único pariente, no cesaba de recomendarle en cada una de sus cartas que estuviera muy en guardia contra las emboscadas que una capital como Paris ofrece á todo jóven rico. « Un sueldo y un sueldo hacen dos sueldos, le decia, y diez veces dos hacen un franco; huye, hijo mio, todas las ocasiones de gastar, y no hagas ningun negocio que no te presente desde luego un beneficio muy seguro. » Simeon R... hizo muy buenos negocios, y esto justamente causó su pérdida.

Lo barato tenia para él un atractivo irresistible; no sabia contenerse y cuantas veces le ofrecian por un franco lo que valia uno y medio, daba el franco y se llevaba la prenda.

Y no es que tuviera ninguna necesidad de hacer tal compra; nada de eso, la baratura le bastaba, y lo que una vez habia entrado en su posesion, no se vendia ya nunca. Un dia traia á casa nueve ó diez docenas de babuchas y al siguiente una carga de hierro viejo. Al cabo de uno ó dos años tenia en un guardillon treinta y siete cómodas y en un patio cubierto doce carretelas. Ochenta y tantos relojes de sobremesa daban las doce en su sala principiando á las once y diez minutos y acabando á la una y cuarto.

En breve llegó á reunir un museo de bastones y un arsenal de armas de toda clase. Cuando las paredes se hallaron ocultas bajo aquellos trofeos encerró las armas restantes en los cofres.

Simeon habia mandado venir de su país una criada anciana que estaba atónita con aquel diluvio de adquisiciones de su amo. A veces le veia llegar á casa seguido de una carreta cargada de escobas.

— Pero, señor amo, le decia, ¿qué quiere Vd. que haga con tantas escobas?

— Ya servirán, ya servirán, no te apures... es una economía. Valen veinticinco sueldos cada una, y á mí me las han dado por diez y ocho comprándolas todas.

— ¿Y cuántas hay, señor?

— Quinientas treinta y cinco.

— ¡Virgen Santísima! ¡pero si yo no gasto tres escobas cada año!

— No le hace, es una grande economía; siete sueldos menos que en la tienda.

A la mañana siguiente volvia cargado de cestas, ó de porcelanas, ó de cuerdas de violin ó de cajas para sombreros.

Cuando la casa se halló atestada de bote en bote hubo que alquilar almacenes que llenaba igualmente con el fruto de sus economías. Tenia compartimientos de sillas amontonadas hasta el techo; otros de colchones, jergones y almohadas; otros de botellas vacías, de sartenes, cacharros y otros utensilios.

Los almacenes que encerraban esta vastísima colección de cosas heterogéneas tenian sucursales en forma de cobertizos, poblados de carruajes y carretones, y graneros donde estaban los objetos menudos, la quincallería. Simeon habria podido poner un bazar perfectamente surtido.

Pasaba las noches haciendo estados de sus adquisiciones, y en frente del costo de cada una de ellas marcaba el precio comercial; despues venia la columna de los beneficios realizables, pero es de advertir que no realizaba nunca.

Simeon desde que era niño tenia la costumbre de desayunarse con una tacita de chocolate. Una tarde entró en una casa con una tienda de comestibles que habia comprado en subasta pública. Nuestro hombre se frotaba las manos de gusto.

— ¿A qué no sabes lo que traigo? decia á su criada que le veia ya en vísperas de ser encerrado en una casa de locos.

— Señor amo, ¿cuándo se le acabará á Vd. esa manía?

— Calla, calla, traigo chocolate para mientras vivamos.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio!

Efectivamente traia chocolate para diez generaciones de hombres solteros. Y á las provisiones de chocolate se unieron las de café y azúcar y fideos, y todo en las mismas proporciones.

Las rentas de que disfrutaba Simeon no bastaron para sostener este comercio y hubo que echar mano del capital. Las haciendas se vendieron así como los títulos de renta, y un dia llegó en que nuestro héroe se encontró sin mas fortuna que sus almacenes. Preciso fué vender una parte de lo que contenian. Simeon deploró esta necesidad hasta un extremo que cayó enfermo y tuvo que acostarse en una de sus camas (tenia ciento ochenta y siete).

La sirvienta fué sacando de ocultis algunos de los objetos que habia en casa y los llevó á los prenderos. Simeon lo supo y empeoró, tanto que una semana despues no se

contaba ya en el número de los vivos. Le enterraron en una caja procedente de una partida de féretros que habia adquirido por la mitad de su valor despues de una epidemia.

Este mártir de la economía tenia sesenta años. Gastaba un franco por día y murió sin dejar un sueldo.

Hé aquí otro lance y es el último. Era á fines del último diciembre; el termómetro habia bajado á nueve bajo cero, las chimeneas se hallaban cargadas de combustible, y cada cual se encerraba cuidadosamente en su aposento. Una jóven viuda que habita sin mas compañía que la de su criada un cuartito con balcon al boulevard del Temple, sin deseos de ir aquella noche ni al teatro, ni á ver á sus amigas, imaginó como medio de distraccion para pasar el tiempo hasta la hora de acostarse, que su doncella la leyera una novela terrible. Para que el lector no se imagine que la viuda carecia de las nociones mas elementales de la gramática, advertiremos que estaba privada de la lectura por una enfermedad de la vista.

La criada acudió al toque de la campanilla.

— Martina, la dijo la viuda, vé al gabinete de lectura que encuentres mas cerca y toma una novela para esta noche.

— ¿Qué novela, señora?

— Quiero escenas terribles, grandes emociones...

— Alejandro Dumas.

— No por cierto; no es eso lo que busco. Pide una obra de Arlincourt... tampoco; tráete un tomo de las « Memorias del Diablo. »

— Muy bien, señora.

Martina trajo este libro desolador que estuvo leyendo hasta las doce de la noche. La viuda se fué á la cama bajo la terrible impresion que habia producido en su ánimo aquella lectura, y apenas se durmió principió á soñar cosas tan horripilantes que la causaron una espantosa pesadilla. En medio de la noche, creyéndose perseguida por el Mefistófeles de Federico Soulié, se despertó sobresaltada, corrió al balcon, le abrió y comenzó á lanzar gritos agudos que fueron oidos por algunos transeuntes y por dos agentes municipales que hacian su servicio nocturno paseándose por la acera de enfrente. Al punto subieron á su casa pensando que era víctima de asesinos ó ladrones, pero en cuanto llegaron á la puerta Martina salió á decirles que su ama habia tenido una pesadilla un momento ántes, pero que ya habia recobrado el uso de sus sentidos.

Era muy cierto; mas segun vemos ni aun en el delirio de una pesadilla le está permitido á nadie turbar el reposo de los vecinos ni la tranquilidad pública, pues la viuda fué citada ante el tribunal de policía que entiende en estos asuntos menudos. Sin embargo, la acusada no tuvo por conveniente presentarse ante los jueces, y en su ausencia fué condenada á cinco dias de encierro. Este fallo la asustó, y el mártir último se resolvió á comparecer pidiendo la indulgencia del tribunal, que en efecto tuvo á bien reducir los cinco dias de cárcel á uno solo acompañado de un franco de multa. — Cuidado, pues, amables lectoras, con las novelas que producen emociones terribles.

MARIANO URRABIETA.

### VALERIANO.

(Continuacion.)

La atencion general hasta entónces tan concentrada en la escena que acababa de pasar, se dirigió enseguida hácia otro objeto. Se notó que el señor cura habia desaparecido de la sala; buscáronle por el jardin, y Eugenia que habia descubierto su sofana negra por entre unas matas corrió hácia él, y le halló sentado con abatimiento sobre un banco, pálido como un cadáver y agitado de un temblor convulsivo.

— ¿Estais malo, señor cura? le dijo con presteza tomándole la mano.

— Gracias, hija mia, respondió él sencillamente, ya pasó. Dadme vuestro brazo para volver á la sala y no digais nada.

Habíase establecido entre Eugenia y el abate Pascal una especie de inteligencia natural, y no tenían necesidad de hablarse para comprenderse. Eugenia tomó su brazo sin responderle una palabra, y sosteniéndole en su marcha trémula le condujo á la sala donde le hizo sentar á una mesa de ajedrez. Un rato estuvo en pie delante de él mirándole con un enternecimiento respetuoso, y luego viendo entrar á Valeriano con su madre, se sentó á su vez y dijo alegremente:

— He encontrado al señor cura que se habia escapado, y en penitencia le obligo á que me dé una lección de ajedrez.

El abate á quien evitaba de este modo el apuro de una explicacion, se calmó poco á poco, y concluyó por recobrar su sosiego hasta el punto de parecer que jugaba seriamente una partida que habia comenzado al acaso.

La noche habia cerrado ya enteramente cuando volvió el comandante y contó el resultado de su excursion.

Al llegar á la verja del Dominio, habia distinguido á dos señoras que se paseaban al lado de un coche con un tiro de cuatro caballos de posta. La una era de cierta edad, aunque fresca todavía y de buenas carnes; la otra deslumbró á primera vista al comandante y le pareció hermosísima. No obstante, apenas podia decirse que era bonita y no tenia ningun rasgo notable; pero su cútis era tan rosado y transparente, sus cabellos tan sedosos y brillantes, su mirada tan cariñosa y tan tierna, su talle tan fino y flexible, su traje tan gracioso, en

fin, había en toda su persona tanta elegancia y prestigio que al verla por primera vez era difícil no sentir una emoción muy viva.

M. Jacquín permaneció más de un minuto mirándola sin decir una palabra, sin pensar siquiera en quitarse la gorra tan cortado en su presencia como el lacayo lo estuvo delante de él. Sin incomodarse en manera alguna con la descortesía aparente del alcalde, quizá, por el contrario, lisonjeada del efecto que sobre él producía, la joven se decidió á entablar la conversacion, y principió diciendo con una bonita sonrisa que dejó ver dos hileras de perlas:

— Os pedimos mil perdones, caballero, por haberos incomodado de este modo; pero nos hallamos en el mayor apuro, y no habríamos sabido á quien dirigirnos, si no hubieseis tenido la bondad de acudir en nuestra ayuda.

Y se detuvo como para esperar el efecto de su preámbulo. En breve pudo conocer que se hallaba perfectamente de acuerdo con sus deseos. El sonido á la vez suave y vibrante de su voz había acabado de subyugar al comandante; y conociendo que era tiempo de dar señales de vida, se apresuró á saludar y respondió con su tono más amable:

— Señora condesa, podeis disponer de mí; ¿en qué puedo servirlos?

El título de condesa que el comandante á pesar de su odio á la aristocracia acababa de dar á la extranjera, probaba que efectivamente se hallaba ya dispuesto á todo en su afán de agradarla.

— Mil gracias, caballero, respondió la señora, por vuestros ofrecimientos que acepto con el mayor gusto. Hé aquí el asunto de que se trata: siendo dueña en el día, por la muerte de un pariente lejano, de ese edificio que está enfrente de nosotros y de las tierras que de él dependen, he salido de París con la señora marquesa de Terray, mi tia...

Aquí el comandante que no había parado su atención en la presencia de una tercera persona, saludó á la dama que le contestó con una reverencia acompañada de una sonrisa benévola.

— Para venir, continuó la condesa, á pasar el verano en este país que me han ponderado mucho por su aire saludable y por las pacíficas costumbres de los que le habitan. Nos habíamos propuesto tomar los baños de mar y descansar un poco de las fatigas parisienses; pero desgraciadamente había olvidado tomar informes sobre el estado de mis posesiones. Figúraos mi apuro, caballero, cuando en vez de la casa de campo elegante y confortable que mi imaginación se representaba, me he encontrado con ese horrible castillo grande, desierto y desmantelado, que parece haber sido construido por gigantes para dar albergue á los murciélagos. Hémos aquí, pues, dos pobres mujeres solas, léjos de toda población, en medio de unos caminos que llamaría detestables si no estuviera hablando con el señor alcalde, en una aldea desconocida y donde no hay posadas, en medio de una tempestad terrible y sin otra cosa que nuestro carruaje para protegernos contra la noche, el viento, la lluvia, el trueno y los ladrones, si es que los hay en la comarca. Señor alcalde, ¿qué va á ser de nosotras? Os lo pregunto á vos que estais encargado de vigilar por la seguridad de las personas.

Este discurso singular, pronunciado fácilmente y con un tono alternativamente serio, triste y burlon, había dejado encantado á M. Jacquín, que después de haber oído su principio con interés, oyó su fin con una alegría mal disimulada.

— ¡Oh! no, exclamó riendo; no se dirá que la aldea de Kadoré y su alcalde hayan negado la hospitalidad á una viajera tan amable; si no temeis, con vuestra señora tia, refugiarnos bajo el humilde techo de un viejo soldado, me felicito de poner á vuestra disposición para esta noche y para todo el tiempo que gustéis la pobre choza que estais viendo.

Y señalaba con un ademán triunfante la casa que había anunciado en términos tan humildes.

— ¡Cómo, pues! repuso la joven con un aire de admiración que lisonjeó en alto grado la vanidad del comandante; ¿llamais á eso una choza? Decid más bien un palacio, y en el momento actual el verdadero palacio de la aldea.

— ¿De modo que aceptais mi proposición?

— Y muy agradecidas; ¿pero no molestaremos á nadie?

— A nadie; gracias á Dios no soy casado, y en mi habitación cuando yo estoy de buen humor todo el mundo se halla muy contento. Hacedme el favor de tomar mi brazo, hermosa dama, y tendré el gusto de conducirlos y de instalarlos, después de lo cual os daré las buenas noches, y á mi vez iré á pedir la hospitalidad al señor cura.

La condesa insistió inútilmente para que permaneciera en la casa el comandante; éste tenía el amor propio de creerse peligroso, á pesar de sus cincuenta y cinco años, y quiso absolutamente pasar la noche fuera para evitar toda chismografía. Hubo, pues, que ceder sobre este punto y dejarle dar sus órdenes en consecuencia. Los caballos fueron enviados á la posta, el carruaje se metió en la cochera y se puso toda la cocina en movimiento para preparar una buena cena, pues las dos viajeras debían traer apetito. Después de haberlas enseñado toda la casa, M. Jacquín las dejó y se fué con sus amigos.

El comandante trazó un retrato magnífico de la condesa y dió libre carrera á su entusiasmo. Era la persona más encantadora y amable que había visto en su vida, muy sencilla, muy natural, á pesar de su nobleza. Se

enorgullecía por haberla decidido á permanecer en el país; pues los elogios que le hizo de él, la movieron á mandar buscar trabajadores á Rennes para amueblar una de las alas de su dominio. Él y sus amigos iban á tener una sociedad escogida, y los pobres de la aldea una bienhechora.

— Tendréis la bondad de entregar esto al señor cura de mi parte para que dé limosnas á los pobres, me dijo presentándome un billete de quinientos francos. Ya que no puedo pagaros vuestra hospitalidad, justo es que la pague á los pobres. — ¡Eh! ¿qué delicadeza! ¿qué modestia! Dar á una limosna el aire de una deuda, para quitarla todo su mérito. Yo tomé el billete y dí las gracias en nombre del abate Pascal. Y entonces hemos hablado un poco de vos, señor abate. Al oír vuestro nombre se quedó un poco parada; luego me preguntó vuestra edad, vuestras señas, cuánto hace que estais aquí, de qué tierra sois, y una porción de cosas de que ya no me acuerdo. En fin, yo estaba como un viajero interrogado por un gendarme. Dije todo cuanto sabía sobre vos, que á la verdad no es mucho: que erais un hombre alto, seco, amarillo y calvo; que creo pasais de los cuarenta, que estais aquí hace dos años, que sois un hombre excelente, que yo os estimo mucho, y que os creía nacido en Francia. Ni más ni ménos. Pareció satisfecha con mis noticias; es verdad que esa criatura siempre parece contenta de todo. ¡Ah! os respondí que vais á tener una buena feligresía... Pero no nos olvidemos de lo mejor... teneis que alojarme hasta que pueda volver al cuartel; os arreglaréis como os parezca.

— Nada más sencillo, comandante, respondió el cura; tomaréis mi cuarto y mi cama, pues yo salgo esta noche para Saint-Brieuc.

— ¿Esta noche? exclamaron á un tiempo todos los presentes.

— Esta noche, repitió el cura con mucha pausa.

— Pero si hace un tiempo horrible, dijo madama Hubert.

— No importa; tengo que hablar sin tardanza al señor obispo. Es cosa resuelta.

Como era muy conocida la firmeza un poco obstinada del abate Pascal, nadie pensó ya en disuadirle de su proyecto.

— Está convenido, dijo M. Jacquín; tomo vuestro puesto, pero no vuestras funciones, amigo mio.

— Si durante mi ausencia hubiera necesidad de mi ministerio, tendríais la bondad de enviar á buscar al cura de Matignon, á quien advertiré de paso. En cuanto al dinero que esa señora os ha entregado para los pobres, vos mismo podeis distribuirle, ó me le entregaréis á mi vuelta, según como juzgueis más conveniente. Ahora, nos despediremos de nuestros amigos. Voy á instalarlos lo mejor que me sea posible, y enseguida me pongo en camino.

— Yo, dijo Valeriano, acompañaré al señor cura para ayudarle en sus preparativos de viaje.

Y salió el primero seguido de Griffon.

El comandante dió las buenas noches, y el cura se despidió de madama Hubert y de Eugenia. Esta le dijo en el momento de separarse:

— ¿Volveréis pronto, señor cura?

— Lo más pronto que me sea posible, hija mia.

— No sé por qué estoy triste y como asustada por ese viaje.

— Es preciso, preciso. Hasta la vista.

Y salió tomando con el comandante el camino del presbiterio. Para llegar á él, había que seguir la costa hasta la mitad del camino del Dominio y de la Casa-Florida; allí se atravesaba la bahía á pié cuando la marea baja, y en un barquichuelo cuando la marea alta.

En este momento la mar principiaba á bajar apenas. Los dos amigos hallaron á Valeriano establecido ya con Griffon en el botecillo que servía para trasladar á los viajeros de una orilla á otra. El aldeano que llenaba el empleo de barquero viendo que había llegado la noche, se fué á dormir, y el joven se disponía á reemplazarle. Ya tenía los remos en la mano, y en cuanto hubieron tomado asiento sus dos compañeros, se puso á remar vigorosamente. Al cabo de cinco minutos, á pesar de la anchura de la bahía y la fuerza de la corriente, llegó al otro lado. Subieron al presbiterio: el cura dió sus instrucciones al ama; el comandante se fué á ocupar de su acuartelamiento, y Valeriano fué á ensillar su caballo.

El cura se presentó muy luego delante de la cuadra, ató una maleta detrás de la silla, y montó en su robusto caballo. Dió un apretón de manos al comandante, que se despidió deseándole un viaje feliz, y luego tomó con Valeriano el camino de la aldea adonde en breve llegaron. Todo dormía en ella ya, excepto algunos perros que se pusieron á ladrar en cuanto se oyeron las pisadas del caballo. Pero nadie se alarmó con esto, ni siquiera Griffon, que no se dignó responderles. Llegados á un sitio donde el camino se dividía en dos ramales, los dos amigos se separaron.

— Buen viaje, señor cura, dijo Valeriano, y pronta vuelta.

— Hasta la vista, hijo mio, respondió el cura, y muchas gracias.

Y se lanzó al galope por el camino de Abatignon. El joven tomó á pasos lentos el de la Casa-Florida.

Iba marchando despacio, aspirando con delicia las frescas brisas que cruzaban la atmósfera, saboreando los perfumes de la pradera mezclados con las emanaciones salinas de la bahía, oyendo el estremecimiento plañidero de los árboles, el silbido agudo de las enredaderas y el sordo murmullo de las olas.

En breve tuvo deseos de tomar parte en ese concierto

grandioso de la naturaleza, y entonó con una voz fuerte esta coplilla de los pescadores bretones que le vino de repente á la idea:

El marinero triste se encomienda  
Al que manda en la tierra y en los mares;  
¡Mi pobre barquichuelo es tan pequeño  
Señor, y la mar es tan grande!

Apenas había concluido la última nota cuando otra voz muy fuerte y pura le respondió del centro de la bahía con la *Tempestad* de Schubert. Al oír esa melodía sublime que se elevaba en acentos inspirados del seno de las ondas invisibles, se habría dicho el espíritu de la mar conjurando ántes de dormirse la borrasca que corría sobre el carro de la noche.

El joven oyó extasiado aquella voz que hacia vibrar todas las cuerdas de su alma. Ya había cesado de cantar y él la escuchaba todavía. Al cabo de algunos minutos cansado del silencio, quiso despertar aquella armonía maravillosa que parecía haberse aletargado, y prometiéndose que respondería como la primera vez á su evocación, volvió á cantar la copla de los pescadores.

La voz le respondió en efecto, pero fué con un grito terrible, desgarrador, desesperado. El corazón del joven se oprimió, un sudor frío bañó su frente, y se detuvo indeciso y trémulo queriendo convencerse de que había oído mal; pero un segundo grito parecido al primero, aunque algo más lejano, no le dejó ya la menor duda. Entonces respondió con mayor fuerza para advertir á la víctima que iba en su socorro, y se lanzó seguido de Griffon hacia el lugar donde suponía que estaba el peligro.

En algunos instantes de una carrera loca llegó al borde de la bahía y se precipitó en las olas que la borrasca comenzaba á poner en movimiento. Su compañero fiel se arrojó detrás, y ambos se pusieron á nadar hacia el medio de la bahía.

La joven condesa, mientras llegaba la hora de cenar, había bajado á pasearse á la orilla del agua. De una naturaleza novelesca y ávida de emociones, encontró una especie de alegría inquieta en andar en medio de las tinieblas junto á las olas tumultuosas que se estrellaban con estrépito á sus piés. Sin embargo, poco á poco se dejó fascinar por esa ondulación regular é incesante, y no tardó en querer asociarse á ella.

Efectivamente, tiró de una barca amarrada por una cuerda á una estaca de la orilla, y saltó en ella, gozosa por su valor y sorprendida con su fácil victoria. En un principio quiso tenerse en pié, pero cayó en breve sobre un banco, y riéndose de su torpeza, se resignó sin trabajo á una inmovilidad que sin cesar era juguete de la agitación de las olas.

Durante largo rato se abandonó al movimiento de la mar que la mecía como una nodriza, al ruido de un cantar monótono con los ojos medio cerrados, la cabeza inclinada, el pecho entreabierto á las furiosas caricias del viento, palpitaba presa de una embriaguez misteriosa, y su imaginación arrebatada por el éxtasis se perdía en un torbellino de ilusiones.

La voz de Valeriano que resonó á lo léjos pareció comunicar una realidad á la fantasía de sus sueños. La necesidad de responder á aquel canto inesperado y de volver al desconocido su dulce sorpresa hizo estallar sobre los labios de la condesa el himno magnífico que conservaba en su memoria.

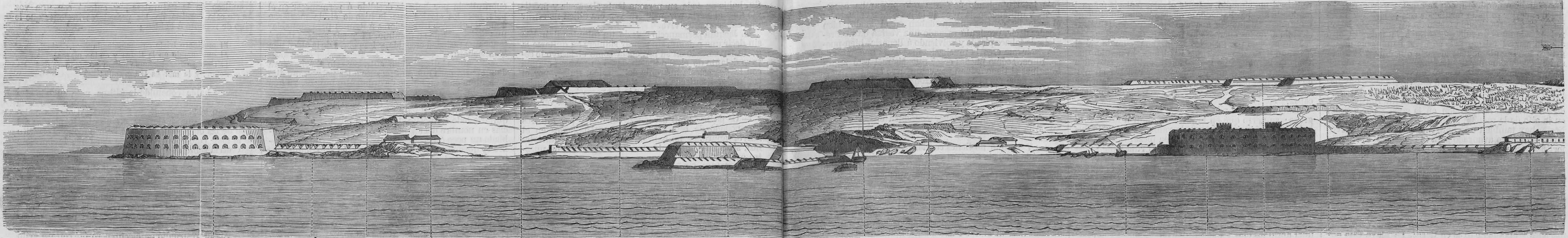
Sin embargo, la cuerda de la barca, levantada con mano imprudente, se alejaba poco á poco y se iba desarrollando de la estaca donde no estaba ya fija. Absorta en su inspiración, la joven no observó al pronto que la barca cambiaba de sitio; pero cuando hubo concluido de cantar notó con una sorpresa mezclada de espanto, que la corriente empujada por el viento que aumentaba sin cesar, la llevaba rápidamente hacia la mitad de la bahía por el lado de alta mar. Su primer impulso fué luchar; tomó los dos remos que estaban tendidos en el fondo de la embarcación y colocándolos en forma quiso remar, pero sus manos engañaron sus esfuerzos, y no logró otra cosa que hacer dar vueltas á la barca ya en un sentido, ya en otro, sin conseguir que variara de rumbo. Las olas pegando fuertemente en sus costados la empujaban adelante con mucha violencia; el viento principiaba á llenar de espuma el rostro de la condesa, que se hallaba ya sobrecogida de terror, cuando un relámpago, el primero que rompió las tinieblas del horizonte, la mostró el peligro cuan grande era.

La barca arrastrada de bolina marchaba hacia un peñon agudo en torno del cual se rompían con furia las olas. En este instante la pobre mujer oyó resonar de nuevo el canto del joven; lanzó un grito para llamarle en su socorro, y enseguida arrojó otro grito creyendo que sería el último. La barca acababa de zozobrar pegando contra la roca. Por fortuna, la condesa al caer se había agarrado al bordé, y gracias á ese apoyo se sostuvo algún tiempo en la superficie del agua, pero en breve sus miembros delicados vencidos por el terror y el cansancio, no pudieron ya resistir al asalto creciente de las olas, y obligada á soltar el leño protector, la desgraciada se veía sumergida.

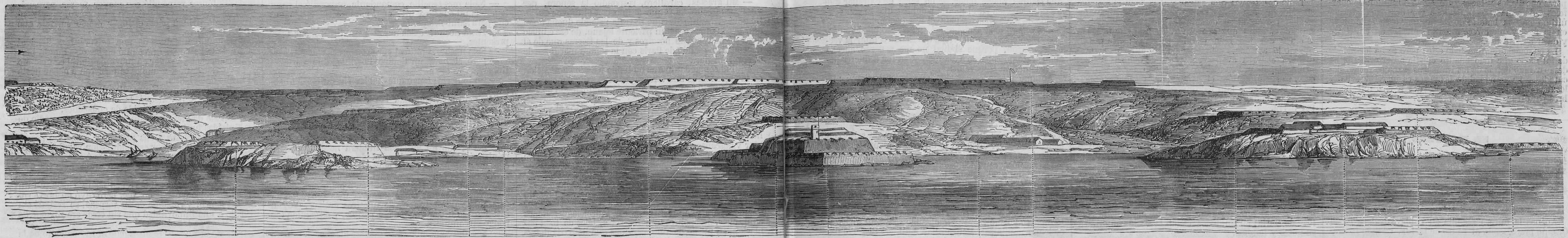
(Se continuará.)

## Sebastopol.

Los últimos dibujos que hemos recibido del teatro de la guerra, y que acompañan en las siguientes páginas,



Fuerte Constantino. Fuerte nuevo que rodea las antiguas baterías. Nueva batería. Nueva batería. Reducto grande. Nueva batería. Nuevo fuerte cortado en la misma roca. Nueva batería. Nuevo reducto muy fortificado. Nueva batería. Nueva batería. Fuerte Catalina. Grande obra de recodo. Nueva batería. Nueva batería. Cementerio. Almacenes.

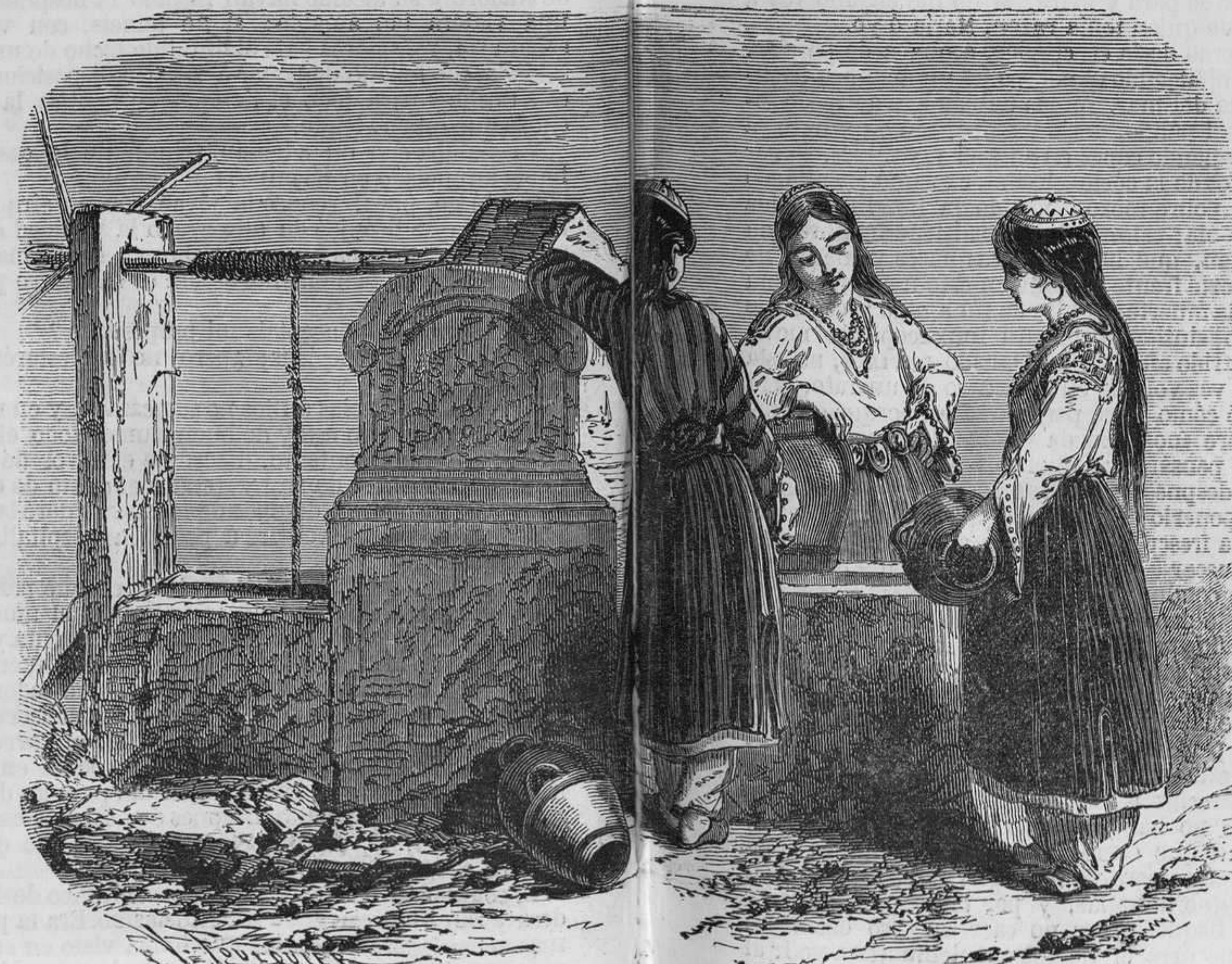


Nuevo fuerte trazado en la roca y la tierra. Nueva batería. Obras añadidas al fuerte del Norte. Almacenes. Ciudadela del Norte. Nueva batería. Fuerte Severnaya. Almacen. Continuación de la ciudadela del Norte. Nueva batería. Batería de las Gallinas. Nueva batería. Nueva batería.

representan varios trajes de los habitantes de la Crimea, y las nuevas obras de defensa que hacen los rusos en el lado Norte. Hé aquí algunos detalles sobre estos trabajos que extractamos de la correspondencia á que venían adjuntos los dibujos:  
 La altura del terraplen Constantino se halla cubierta en la actualidad por una fortificación á la que sería imposible dar un nombre técnico: es una confusión de baterías y contra-baterías, de reductos unidos entre sí, así como con el fuerte Constantino, por muchos caminos cubiertos.  
 Detrás del fuerte Constantino hay una pequeña bahía en cuyo fondo se distinguen muchos almacenes; dos baterías ocupan el fondo de la bahía, y los rusos elevan otra todavía.  
 Después del fuerte Constantino viene el fuerte Cata-



Judíos karaitas de Crimea y habitante labrador.



Jóvenes karaitas sacando agua de una fuente en Eupatoria.



Mujer y niños karaitas y mujer karaita mestiza.



lina, también de piedra, con casamatas y troneras. La parte superior se halla fortificada con baterías y morteros. Este fuerte tiene la forma de un cuadrado largo, redondeado en el ángulo que mira á la rada; el otro ángulo por el mismo lado se halla flanqueado de un grueso torreón almenado; la parte que mira á la tierra se halla defendida por dos torres fuertes, anchos fosos y una obra de recodo situada sobre una pequeña lengua de tierra que se adelanta en la rada. A los lados hay baterías con quince piezas al menos cada una. Un poco mas allá del fuerte, sobre una meseta intermedia, hay otra batería con fortificación en la gola, y por último, en lo alto de la meseta, sobre el mismo terraplen del Norte, hay también una obra muy vasta y que parece servir de puesto avanzado para la ciudadela. Entre esta fortificación y la siguiente hay otro reducto de tierra armado con cañones de grueso calibre.

Después del fuerte Constantino se avanza una segunda punta; los rusos han cortado allí en la tierra y la roca fortificaciones gigantescas; la punta entera se halla convertida en ciudadela. Parece que hay allí muchas hileras de baterías y en lo alto guaridas para la tropa y mas baterías.

Detrás de esta punta se distinguen algunas casas ó almacenes y algunas barcas en tierra. La playa está defendida por una fuerte batería que rodea toda la bahía y se prolonga hasta el fuerte Sieverna, que es otro conjunto de baterías sobrepuestas y defendidas hácia la tierra por un ancho foso.

A la derecha de Sieverna y mas abajo hay unos vapores encallados y luego otra aldea ó reunion de cuarteles y de almacenes protegidos por dos baterías; por último hay la batería de las Gallinas cortada también en la roca y que ofrece muchas baterías en anfiteatro y de grueso calibre.

La ciudadela domina todo esto; pero se ha fortificado de tal modo que todo cuanto existía anteriormente ha desaparecido detrás de los inmensos trabajos recién ejecutados.—La actividad de los rusos es increíble, todos los días salen de la ciudadela de dos á tres mil hombres para trabajar en las obras.

## EL MONTERO.

NOVELA DOMINICANA.

(Continuacion.)

### IV.

Apénas la aurora sacudia su rubia cabellera en el Oriente precediendo al padre de la luz, cuando Juan y Manuel vestidos como el día anterior, cada uno con su perro tirado de los cabos de sus machetes y después de beber dos tazas de café, doblaban la punta de Matancita y emprendían su cacería á la orilla derecha del Nagua. Nuestros monteros caminaban silenciosos y sus perros trotaban á sus lados olfateando é inquietos: ya el sol doraba la cima del Helechal, cuando internándose en la espesura del bosque Juan hizo alto, y apoyándose en un tronco, dijo á su compañero:

— Anoche porque estábamos entre casa y porque oyera una persona que no eres cobarde, te pusistes á decir palabras que me disgustaron y que deseara saber si eres capaz de repetir en este sitio.

El tono insolente de estas razones no dejaron duda al jóven de que Juan lo habia querido acompañar para batirse, y como uno de los lados mas sobresalientes del montero es ese valor que no consulta y arriesga su vida por un décame acá esas pajas, Manuel contestó con dureza:

— Juan, Vd. es mayor que yo en edad y debía respetarlo, pero ya hace días que estoy cansado de sufrir sus maneras y sus majaderías, por consiguiente no me desdigo de lo de anoche. Ni á Vd. ni á nadie tengo miedo, y si lo duda, el paraje en que estamos es bueno para probarlo.

— No te apures, chico, conozco el sitio y tanto, que debes haber conocido que si te acompaño es para lo que de aquí á un poquito puede pasar. Sin embargo, antes de llegar ahí, quiero proponerte una cosa: vamos á pelear ahora mismo, pero si quieres que sea tu amigo en lugar de enemigo, deja ese casamiento, véte donde tu padre, y te prometo...

— Basta... ¡está Vd. loco! que deje yo mi matrimonio con María, primero difunto; ya sé que Vd. me busca pleito porque ella no le ha querido corresponder, y Vd. debía conformarse en lugar de buscar riñas; por lo demás, yo estoy dispuesto á pelear, y así...

— Así que no se hable mas del asunto, saca tu machete y adelante para ver si eres hombre.

Diciendo esto, Juan con grande ira por las respuestas del jóven, desenvainó su machete y arremetió contra Manuel que ya con el suyo desenvainado lo esperaba.

Durante dos minutos los hierros echaron chispas y los cabos del de Juan se enrojecieron por una herida que recibió en la muñeca; esto avivó mas su coraje, y descargando un recio mandoble sobre el cráneo de su contrario, lo derribó.

El montero es generoso, y aunque le falta aquel tinte de saber vivir que hace al hombre civilizado acompañarse de un testigo y un cirujano en sus desafíos, no por eso en cuanto su enemigo cae deja de socorrerlo ó de avisar en su socorro, pero esta vez no sucedió así. Juan queria matar á Manuel porque juzgaba que im-

pediria el matrimonio y haria olvidar á María á aquel que tanto amaba, haciéndose querer él, cuando el tiempo hubiera totalmente apagado su recuerdo. ¡Qué raciocinio el de los enamorados necios!

Juan acosado por los celos tenia ganas cuando vió el jóven en tierra de acabarle, y lo hiciera si un ruido que venia de la maleza no lo disuadiera, entonces creyendo que eran monteros que discurrían por la selva en pos de caza y que podían verlo, envainó apresuradamente su machete y escapó con toda la ligereza de que era capaz.

Manuel aturdido por el furioso machetazo se desangraba; su perro que en la prisa de venir á las manos habia quedado engarzado en la vaina del machete durante el combate, presintiendo una pieza, tiraba de su pobre amo y olfateaba en direccion del ruido que habia puesto en fuga á Juan, en fin el ruido aproximándose, apareció un jabalí, el mismo que el día ántes amo y perro habian perseguido infructuosamente: ¡extraño efecto de la casualidad que el que habia querido matar le salvase la vida! A la vista del animal, Manzanilla tiró con mas fuerza y empezó á ladrar con furor. Séase que el aturdimiento se le hubiese pasado, séase que los tirones y los ladridos de su perro lo sacaron de él, Manuel abrió los ojos y pudo sentarse. Viéndose solo, bañado en sangre y en tan triste estado, la palabra «Ruín» se escapó de sus labios, pero haciendo un supremo esfuerzo logró levantarse, y con paso tardío, chorreando sangre y parándose de rato en rato para cobrar aliento, se dirigió á casa de Tomás.

Tenia dos leguas que salvar y mas bien lo sostenia su valor que sus fuerzas; luego un recuerdo lo aguijoneaba, porque si se detenía la muerte podia ampararse de él ántes que se viera unido á la que tan cara le era y que tan bien pagaba su amor; este pensamiento lo acosaba, y maldiciendo al autor de su desdicha, procuraba avanzar, á pesar de que sus fuerzas lo abandonaban. Por último, sintiendo estar próximo á caer, se sentó, quitóse el pañuelo de la cabeza, exprimióle la sangre, y aun todo empapado procuró doblarlo como un vendaje, pero un desmayo lo tendió de nuevo por tierra.

### V.

El sol de mediodía dardeaba sus adrasadores rayos sobre el bohío de Tomás; el criador se columpiaba suavemente en su hamaca fumando su pipa; María concluidos sus trabajos de cocina se ocupaba en cocer una chamarreta de uno de sus hermanitos sentada sobre el quicio de la puerta del aposento; los niños jugueteaban debajo de un frondoso naranjo que á diez pasos del bohío habia; Teresa con una rueca hilaba para la costura de María; en fin, todos hacían la siesta conforme á su gusto y hábitos.

— María, dijo Tomás arrojando una bocanada de humo que subió ligera y se dilató en el aire, Juan y Manuel debieron salir muy temprano, puesto que no los oí partir.

— Sí, señor, todavía las gallinas no se habian apeado del palo, cuando ya ellos habian bebido café y partido.

— Yo creo, volvió á decir Tomás, que el jabalí no se escapará esta vez como ayer; ambos son buenos monteros, y será preciso que haya desaparecido para que mañana no lo salemos.

La jóven no respondió, porque volvió rápidamente la cabeza hácia Manzanilla que acababa de pararse jadeante en medio de la sala; sin duda esperaba verlo seguido de su amo, pues su vista tornó á la puerta y su oído prestó atención á los ruidos exteriores.

— Nuestra gente vuelve pronto, dijo Tomás, hé aquí á Manzanilla, compañero inseparable de su amo, que ya ha llegado.

Pero el perro en lugar de arrinconarse como acostumbraba en las raras ocasiones que precedía de algunos momentos á Manuel, se puso á tirar de la ropa al criador, parándose de cuando en cuando en esta operacion para mirarlo y después volver á repetir.

Tomás impaciente mejor que admirado de la extraña conducta del perro, y viéndolo hincar los colmillos á través de las redes de la hamaca en sus pantalones, principió á enfadarse, hasta que incomodado por la nunca usada insistencia del perro, dióle una patada diciendo: — Quitá allá... Habráse visto cosa semejante... querer hacer trizas mis calzones... bonito estás para retozo... marcha á acostarte. Pero el perro en lugar de obedecerle ni quejarse por tan duro tratamiento, principió á ejercitar iguales maniobras con María.

— Padre, dijo esta, qué tendrá Manzanilla; véalo como me tira de la ropa, y Manuel que lo trae siempre á su lado hace una hora que no llega.

Tomás en lugar de contestar á lo que él creía preguntas pueriles de su hija, se tendió cuan largo era en la hamaca y empezó de nuevo á despedir bocanadas de humo.

— Madre, repare Vd. á Manzanilla, dijo María á Teresa.

— Sí, hija, lo veo, pero no atino porque te inquietas por sus halagos.

— Madre, alguna cosa puede haber sucedido á Manuel, tal vez ha quedado herido por algun jabalí entre el monte. Levantándose después y con esa intuición de las personas que aman bien, continuó con vehemencia: — Manzanilla nunca lo abandona y se aparece aquí sin él, y luego estos tirones que me da como para indicarme el peligro de Manuel.

— Voto á los diablos, María, qué niña eres, dijo To-

mas interrumpiendo á Teresa que procuraba consolarla, y quitándose la pipa de la boca y sacudiendo en el suelo las cenizas que quedaban en el fondo; bien puedes decir, prosiguió sacando una vegiga de vaca repleta de tabaco picado y volviendo á llenarla, bien puedes decir que eres la muchacha mas tonta que se conoce. Dime, ¿cómo puedes creer que Manuel esté segun imaginas si tiene á Juan por compañero?

Estas palabras al parecer razonables no consolaron á la jóven, por el contrario, siguió en su mente otra idea que le despertó mayores temores que Manzanilla aumentaba con su insistencia.

— Padre, Vd. puede tener confianza en Juan, pero yo no la tengo, y soy capaz de apostar que á Manuel le ha sucedido algo.

— ¿Y porqué no tienes confianza en Juan, acaso es malo ó te ha dado motivos para que desconfies de él?

María solo respondió con una mirada suplicante que dirigió á Teresa y que esta comprendió.

Debemos advertir que Tomás nada sabia de unos sentimientos que Juan le habia ocultado cuidadosamente, esperanzado en conquistar primero el cariño de su hija para después declararlos, mas esta ignorancia no se extendía á la madre que adivinando con la perspicacidad de su sexo el amor de Juan, habia interrogado y recibido las confidencias de la niña sobre el disgusto que le causaban las persecuciones amorosas del peon, así fué que comprendiendo por la mirada de su hija, los temores que abrigaba, dijo:

— María tiene razon, Juan no es la mejor compañía que Manuel puede tener, y no sería de extrañar que los dos cruzasen en el monte palabras que hayan concluido de mala manera para el muchacho.

— ¿Y porqué lo supones así, Teresa? replicó Tomás. — Dígolo, contestó la vieja, queriendo ocultar la verdadera razon, porque si mal no me acuerdo anoche Juan trató de cobarde á Manuel, y ya iba á querer pelear cuando tú intervenistes.

Aunque medio convencido el criador exclamó: — ¡Qué locura! solo en cabeza de mujeres pueden caer tales ideas y temores. Ea, María, da como hice yo una buena patada al perro y verás como te deja.

Pero María en lugar de obedecerle se levantó exclamando:

— Padre, por Dios, hágame el favor de salir con Manzanilla á ver donde él lo dirige y procure buscar á Manuel.

Las grandes convicciones tienen una fuerza irresistible, y aunque el criador era idólatra de su siesta, el tono angustiado, la vehemencia con que su hija la hizo la súplica y el recuerdo de lo que habia pasado la noche anterior, pudo mas que sus ideas de holganza. Por tanto se levantó, descolgó de un clavo su machete, se lo amarró y salió fuera palmateando sobre un mulo y diciendo: — Aquí, Manzanilla, aquí. — El perro dió dos brincos, y cogió trotando la delantera.

Dijimos que el sol estaba en mitad de su carrera y sus rayos ardientes cayendo á plomo sobre la cabeza poco resguardada de Tomás, le hacían acelerar el paso; el perro volviendo la cabeza de cuando en cuando como para ver si era seguido, doblaba el trote, sin tergerver ni detenerse.

— ¡Hum! iba diciendo Tomás enganchándose en el nudo del pañuelo la pipa que acababa de sacudir otra vez con la palma de la mano, María puede ser tenga razon, Manzanilla no dice por aquí voy, por allí iré y sigue derecho como un huso. Diablos, diablo. Sin embargo, es un poco léjos y el sol me tuesta un poquillo. ¡Eh! Manzanilla coge el galope, si creará que estoy para imitarlo; pero se para y ladra, si no me engaño voy á certificarme de quien tenia razon, María ó yo.

El perro, como decia el criador, acababa de pararse, y este lo vió olfateando el cuerpo de un hombre tendido en la arena del mar. Tomás habiéndose acercado conoció á Manuel pálido, yerto y empapado en sangre ya coagulada formando capas en su piel y vestidos. — Por todos los santos de la córte celestial, exclamó levantando la cabeza del pobre mozo y viendo la horrible herida que en ella tenia; esto no fué jabalí, fué hombre: ah canalla de Juan, qué buenas obras haces y cuánto no diera por tenerte frente á frente en este momento, para que pagaras la muerte del hijo de mi amigo y esposo de María; luego sintiendo un casi imperceptible movimiento del herido añadió: — Alabado sea Dios, no está muerto y tal vez volverá en sí dentro de un rato, pero yo solo, no sé cómo haré para cargarlo, porque esperar que este pobre mozo pueda valerse de sus piés por el momento es pensar que ahora es de noche. Lo mejor será, agregó después de una espera, quitarlo de este sol que abrasa, ponerlo debajo de aquella guama, y esperar que con la frescura recobre sus sentidos, para yo ir al Juncal á buscar á mi compadre Feliciano y otros que me ayuden á conducirlo á casa.

Mientras esto decia, Tomás cargó lo mejor que pudo el descoyuntado cuerpo del jóven y lo depositó debajo del árbol; este cambio de temperatura produjo una reaccion, y á poco rato dió señales de vida, abrió los ojos y aunque la vista se la tenia apagada la dedilidad por la sangre perdida, pudo conocer á Tomás que esperaba ansioso esta muestra de vitalidad.

— En fin, gracias á Dios, abriste los ojos. Te aseguro que hace años no habia pasado un susto semejante; hace tanto rato que estabas como muerto que ya creía lo fueras de veras; pero yo no puedo hacer nada solo en el estado en que te hallas, y por tanto procura sacar fuerzas de tu flaqueza para no caer en otro desmayo, mientras transcurre el tiempo suficiente para yo ir al otro lado de la boca del río á buscar ayuda.

Después de esta extraña recomendación propia de un montero, Tomás pasó la boca, tomó una vereda entre uberos y majaguales, y llegó á uno de los bohíos del Juncal, donde un hombre como de cuarenta y cinco años estaba en la misma posición que el criador, ántes que los temores tan fundados de María lo hicieran venir á socorrer á su futuro yerno.

— Compadre Feliciano, dijo, llegándose sin mas preámbulo al acostado, vengo á pedirle el favor de ayudarme á cargar á Manuel que he encontrado mal herido del otro lado de la boca.

Feliciano quiso interrogar, pero Tomás lo detuvo.

— El caso pide urgencia, compadre, y como los dos no podrémos cargarlo, mientras yo voy á requerir mas gente, vaya Vd. preparando una hamaca donde podamos acostarlo.

— Bien, vaya Vd., compadre.

— Hola, procure también preparar una botella para los cargadores, pues Vd. debe reparar que el sol arde y hará sed en el camino.

— Pierda cuidado, compadre, á mi cargo queda.

Tomás volvió al cabo de diez minutos acompañado de cuatro monteros que había reclutado en los bohíos circunvecinos, y encontró á Feliciano ya preparado: la hamaca amarrada á dos gruesas varas en guisa de litera, y una botella de aguardiente de caña debajo del brazo.

— Compadre, decía Feliciano luego que se pusieron en ruta, Vd. me cogió tan de susto, que no tuve lugar de preguntarle como había sido herido Manuel y quien lo hirió.

— A nada de lo que Vd. pregunta puedo contestar, porque nada sé y solo hago suposiciones. Sin embargo, puedo decirle que esta mañana salieron Juan y Manuel á montar, y que habrá poco mas de dos horas que Manzanilla se nos apareció en casa, y tanto brujuleó y tiró de la ropa á María, hasta que á la muchacha se le puso que su novio estaba en peligro haciéndome venir en su busca, y tan poco se engañó la chica, que estuvo Vd. á pique de asistir al entierro de él, en lugar de servirle de padrino en sus bodas.

— ¡En verdad, compadre, que Vd. me admira! Un perro tener la inteligencia de buscar socorro para su dueño.

— Tan la tiene que aquí me trajo y él se quedó al lado de Manuel.

Y así era, el admirable instinto del perro parece había previsto que si Tomás abandonaba á su amo, era momentáneamente para buscar ayuda, y como un centinela en su puesto, había aguardado al lado de Manuel.

Habiendo llegado Tomás y su comitiva, hallaron al joven en todo su conocimiento, pero en tan gran debilidad, que no podía mover un brazo; cargáronlo y tendiéndolo en la hamaca, apoyaron cuatro de ellos las varas sobre sus hombros dirigiéndose á casa de Tomás.

A medida que los cargadores eran relevados en las dos leguas que habían de andar, Feliciano tenía cuidado de mojarles la garganta con un buen trago que el aficionado empinaba ad libitum boca con boca de la botella agarrado, y como á todos les llegaba su turno, él no dejó de ser uno de los que mas largo rato estuvo haciendo puntería á las nubes, solo que el disparo salía á la inversa, y el fuego líquido pasaba á la digestión del honrado padrino del herido.

## VII.

Sin querer ahora describir el dolor de María, las exclamaciones de Teresa y el espanto de los niños cuando la litera entró en el bohío, pasaremos á dar rápidamente algunas explicaciones, no sobre el instinto del perro en venir en busca de ayuda para socorrer á su amo, porque este instinto, aunque muchas veces se ha probado en circunstancias idénticas, no por eso ha sido explicado por fisiologistas y filósofos, pero diremos que Manzanilla luego que por segunda vez vió caer á su amo, aguardó á que se levantase, y viéndolo no hacer movimiento, tiró en varios sentidos la lazada que lo prendía, y como esta consistía simplemente en dos vueltas al rededor de la vaina, pudo desprenderse y corrió hácia la casa.

Cuando Manuel cayó nuevamente aun brotaba la sangre, pero pronto se coaguló y cerró los bordes de la herida; esto fué lo que salvó su vida expuesta tanto por la violencia del golpe como por la hemorragia.

Una herida entre monteros, por grave que sea, no es cosa para dar mucho quehacer á los facultativos, se entiende á sus facultativos. El cirujano del montero es su mujer, otro montero vecino, ó cualquier otro allegado: cuatro ó cinco puntadas para formar la sutura y un paño empapado en aguardiente alcanforado es toda la cura, sancalcho de tocino es el alimento, y para eterna vergüenza de los inventores de bálsamos y de Mahoma que prohibió el tocino, los resultados obtenidos son los mas concluyentes en abono de este método.

Manuel estuvo quince ó veinte días cuidado por María con una solicitud de Madre. Leon Guzman, su padre, que había llegado á la noticia de su herida, viéndolo enteramente restablecido y observando el desvelo y afecto de la niña, activaba el enlace proyectado; esto originó una gran porfía entre Tomás y él. Cada uno quería que después de las ceremonias religiosas fuesen celebradas las bodas en su casa, y la porfía no tuviera fin con los fundados alegatos que cada cual exponía, si el compadre Feliciano presente á ella no interviniese declaran-

do: que como padrino le tocaba hacer el gasto, que bajo este concepto engordaba exprofeso un lechón y su mujer preparaba las cajetas de conservas de naranjas y piñonate necesarias, y que no era razonable que le hicieran el desaire transportando las bodas mas léjos, cuanto mas que un viejo que vivía con él, renombrado en asar lechones, era el encargado de prepararlo, y que dicho viejo podría á lo sumo venir á casa de Tomás, pero no tan léjos como á casa de Leon. Estas razones cortaron la cuestion y fué decidido celebrar las nupcias en casa de Tomás.

Pronto todo está de fiesta en esta. El depósito de calderas, cucharas, jarros y otros utensilios que estaban debajo de la cama sale á ver la luz del día, pero esto no bastará á la multitud de convidados, y otros tantos depósitos de otros tantos amigos se le agregan. Teresa no pudo acompañar á los novios al pueblo, y se queda preparando el recibimiento que se les hará á la vuelta. Amaneció el gran día y desde el alba llega el padrino, la madrina y á poco el acompañamiento se acerca, de dos en dos, de tres en tres, todos vienen á caballo, porque no es paseo y sí una jornada de catorce leguas que se va á hacer. Los hombres vienen de gala: sombrero de fieltro ó yarey, pantalones holgados, chaquetas de paño con hileras de botones de metal y zapatos de cordobán á cuyos talones están calzadas espuelas de sabaneros. Los jóvenes traen los chalecos que fueron de sus abuelos; los viejos enganchados por precaucion detrás de la oreja una pipa de corto tubo, pero todos vienen en sillas un poco decrepitas cuyas fundas dejan relucir la cabeza de una ó dos pistolas dedicadas, no á la defensa del individuo, porque el largo sable que cada convidado tiene en la cintura pendiente de un blanco cinto de algodón tejido por manos criadoras, basta á la de cada cual, pero sí para alegrar la fiesta disparándolas á la salida ó entrada del pueblo y de la casa. Las mujeres están vestidas de muselina ó zarazas, van á horcajadas sobre aparejos primorosamente trabajados con embutidos de grana y llevan los piés zabullidos en árغانas de yarey finamente tejidas; para resguardarse del sol se cubren con gorras de fieltro hermoeadas con plumas prendidas á una hebilla dorada ó con sombreros de yarey sin atavíos. La novia y el novio solo se distinguen de los demás en que los arreos del caballo de la primera son mas ricos de embutidos y borlas de pita, y en llevar el segundo un sable de vaina de cobre. En resolucion todos están contentos, todos han hecho honor al desayuno preparado por Teresa, y todos se despiden en medio del humo de una salva general de pistolazos.

Cuando hubieron pasado el Nagua, Feliciano se volvió á los hombres de la comitiva diciéndoles:

— Caballeros, debemos estar todos reunidos á las cuatro de la tarde en el alto de las Jabielas para entrar en el pueblo en orden; lo aviso á los que quieren correr y á los que van despacio para que procuren encontrarse.

Dicho esto, los viejos se quedaron atrás y los jóvenes galoparon delante; los novios se quedaron en medio de los primeros, porque aunque jóvenes el lazo que les iba á unir y el contento que sentían bastaban para no necesitar el suplemento de animacion que en la carrera buscaban los primeros; además la mesura sienta bien en semejante circunstancia, y por esto lentamente pasaron los cincuenta y dos pasos del Nagua y los insondables fangos de los Hernandez, Factor y la Bajada.

PEDRO FRANCISCO BONNEAU.

(Se continuará.)

### Exposicion Universal de Bellas-Artes (1).

GRECIA. — ITALIA. — AUSTRIA. — BADEN Y NASSAU. — BAVIERA. — WURTEMBERG. — ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA.

Con sentimiento reunimos en un solo artículo tan crecido número de nacionalidades diversas, pues hay en esto una apariencia de ligereza y de irreverencia que queremos rechazar desde luego. En junio último al principiar nuestros artículos sobre la Exposicion Universal de Bellas-Artes explicamos como nos veíamos obligados á subordinar nuestro trabajo á la ejecucion de los grabados, pues la dificultad que encontró nuestro periódico para obtener las autorizaciones necesarias para la reproduccion de los cuadros, nos arrastraba desde un principio á intervertir el orden que habríamos querido seguir. De este modo hemos pasado revista sucesivamente á las producciones de la ESCUELA FRANCESA, de la ESCUELA INGLESA, de la PRUSIA, la BÉLGICA, la HOLANDA, la SUECIA, la NORUEGA, la SUIZA y el PIEMONTE, tratando cada una de esas divisiones segun la importancia relativa. Hoy la Exposicion está cerrada ya hace algun tiempo, y los nombres se amontonan como en confusion y tumultuosamente, como á una señal de marcha. Sin embargo no es eso; y aunque la Exposicion se hallase todavía en medio de su curso, no podríamos sustraernos á la necesidad de agrupar en un rápido exámen esas nacionalidades diversas inscritas en el catálogo, sin que los envíos que militan bajo sus banderas tengan una importancia seria bajo el punto de vista del arte. Por lo

(1) A este artículo acompaña un grabado representando un habitante de las Cordilleras, de oficio alfarero por el Sr. Laso (escuela peruana) que no pudo tener cabida á su debido tiempo. Véase para su explicacion y mas detalles sobre la escuela á que pertenece, en el número 155 de nuestro periódico, el artículo titulado « España y América en la Exposicion Universal de París.»

ménos las excepciones son muy raras y atestiguan un mérito individual de artista, mas bien que un valor de escuela. — Dirigirémos primeramente nuestras miradas hácia dos países ilustres en otro tiempo por las bellas-artes, pero que nada conservan hoy de aquel esplendor antiguo, la Grecia y la Italia.

GRECIA. — Este país contaba solo cinco cuadros, entre los cuales señalaremos únicamente una santa Virgen y el Niño Jesus sobre fondo de oro, por M. LITRAS que atestiguan la persistencia del estilo tradicional bizantino. — Para que en el artículo que será consagrado á la escultura no tengamos que consignar por segunda vez la inferioridad de los envíos griegos, digamos que las obras de escultura eran unas quince, entre las que apenas se puede citar un busto de bronce del *almirante Andrés Miaulis* por M. TORS. Habia cabezas de Júpiter, de Calipso y de Victorias sin alas; habia figuras de mármol pentélico; ¡ qué materia y qué asuntos! las obras no correspondian seguramente. Sin duda no se debe juzgar á la Grecia por esos ensayos tan pobres; pero hay que convenir en que la fama todavía no ha dicho al mundo que haya continuado felizmente el cultivo de las bellas-artes tan largo tiempo interrumpida por ella por la opresion de los turcos, y que un nuevo régimen constitucional no ha despertado de nuevo todavía. Las condiciones bajo las cuales nacen las artes y se desarrollan son complejas. Algunas son físicas, como el clima, la configuracion del territorio, la belleza relativa de la raza, etc..., otras, y son las mas importantes son morales y sociales, dependen del desarrollo intelectual, de las creencias, del conjunto de las instituciones religiosas y políticas. La Grecia sigue en posesion de las primeras, pero le faltan las segundas.

ITALIA. — Si nada en Grecia reanima por ahora el soplo que inspiraba en la antigüedad á sus grandes y numerosos artistas, por su parte la Italia no tiene ya tampoco la fuerza de aquel genio creador que fué su gloria en el siglo XV; pero al ménos continúa produciendo, el sentimiento artístico continúa vivo entre sus habitantes, y esas imaginaciones entusiastas no podrian permanecer desheredadas á través de los siglos. En tiempo del Renacimiento cuando sus pintores, sus escultores y sus arquitectos la dieron tanta fama, su fraccionamiento político en pequeños principados rivales fué favorable á las nobles rivalidades de los artistas, pero puso un obstáculo funesto á su independencia. Cuando ese fraccionamiento político, mentira de la historia, que persiste aun se vea reemplazado por una grande unidad; cuando el pueblo italiano pueda llamarse con un mismo nombre y no forme mas que una familia, entónces quizás, en esa nueva fase de su existencia encontrará en sí alguna cosa de las divinas inspiraciones de su pasado.

Los pintores italianos modernos no tratan de continuar las tradiciones de las grandes escuelas y de los grandes maestros; comprenden que es preciso salir de una imitacion estéril, y que no hay ningun provecho en repetir flojamente lo que ya se ha dicho tan bien y tantas veces. Pero buscando nuevas vias se inclinan al amaneramiento de las escuelas extranjeras modernas ó se arrastran en un género insignificante, vulgar, y poco gracioso. Cierta parte de las obras enviadas á la Exposicion, las de la Lombardia y Venecia figuraban en el catálogo por cuenta del Austria; pero nosotros que no tenemos las mismas obligaciones que el catálogo oficial, podemos entrar en la verdad poniendo á los pintores italianos en su puesto, es decir en Italia.

En Milan tenemos que señalar ante todo la *Parisina* de M. BERTINI que obtuvo una medalla en Lóndres en 1852. La jóven del pecho desnudo está graciosamente tendida en su cama; su marido inclinado hácia ella espia su sueño agitado, y al oír el nombre de su amante que ella murmura dormida, se dispone á herirla. Esta pintura es de un aspecto un poco monotonó; pero el artista manifiesta en ella cualidades de artista armonioso.

Dos pintores de género, discípulos de la Academia de Milan se confunden por el nombre y el estilo. M. DOMINICO YNDUNO tiene una abundancia fácil y mucha seguridad de pincel: en las escenas vulgares que trata como: *Pan y lágrimas* y *el Dolor del soldado*, manifiesta un sentimiento sencillo. No obstante su colorido es frio y amenerado. El mas importante y quizás tambien el mas falso de los seis cuadros de este artista es el que se titula: *Los refugiados de una aldea incendiada*. — Ignoramos si es discípulo suyo M. GERÓNIMO YNDUNO, pero lo cierto es que se le parece como artista, aunque debemos añadir que lleva el estudio de la fisonomía humana hasta caer en lo grotesco. Un sentimiento mas individual anima el cuadro designado con el nombre de: *Escena militar*, que representa unos jóvenes soldados de la república de Roma defendiéndose en 1849 contra las tropas francesas.

Dos pintores nacidos en Venecia M. HAYEZ y M. SCHIAVONI hane enviado, el último: una *Venus en el baño* y *Tres venecianas*, obras inferiores y vulgares; M. HAYEZ ha expuesto cuatro cuadros de género histórico entre los cuales se distinguia las *Mujeres venecianas vengándose de un rival*. Un noble veneciano teniendo del brazo una jóven en todo el brillo de la hermosura lee una carta que contiene alguna delacion páfida; una mujer enmascarada se aleja haciendo un gesto amenazador. Los personajes están bien agrupados; la pintura es clara, la ejecucion fácil, pero la obra es fria y carece de estilo. El *Retrato del autor* está bien pintado.

La TOSCANA, esa cuna de la pintura en el renacimiento, no ofrecia mas que siete ú ocho pinturas; algunas copias por M. SASSO; una *Eva pecadora* por M. BEZ-

ZUOLI; un cuadro por M. MUSSINI representando una *Solemnidad platónica*, y una *Familia florentina* reunion de retratos ejecutados con mucha sequedad por M. CISERI.

LOS ESTADOS PONTIFICIOS no han hecho un envío mas importante que el de la Toscana. Hemos visto una *Reconciliacion de los Montecchi y de los Capuleti* por M. LEIGHTON discípulo de M. E. Steinle, de Francfort; un *Sitio de Ancona en tiempo de Barbaroja, 1160*, por el caballero PODESTI, y once miniaturas por M. MEDICI.

El reino de las Dos-SICILIAS se hallaba representado por tres pintores domiciliados en Paris. Entre ellos M. PATANIA de Palermo es conocido por el brillante colorido de sus retratos al pastel. Esta rápida nomenclatura, con la que hicimos últimamente de los envíos de la Cerdeña, completa el examen de Italia.

AUSTRIA. — El Austria (sin la Lombardia y la Venecia que la política ha podido reunir con ella, pero que nunca se confundirá en artes) ha enviado un corto número de cuadros y de poco valor. Solo se encuentra algun carácter en los cuadros de género de un profesor de la academia de Viena. M. WALDMULLER: el *Domingo de Ramos*; la *Mañana del día de Nochebuena*, etc.... Hay verdad en las cabezas y un sentimiento bastante sencillo pero los personajes puestos en escena son á veces de una vulgaridad demasiado grosera.

BADEN Y NASSAU. — Al fin encontramos un pintor verdadero, M. KNAUS que ha presentado un cuadro muy notable titulado: *Un campamento de gitanos en un bosque*. M. KNAUS nacido en Wiesbaden hace veintiseis años es discípulo de la escuela de Dusseldorf, pero se halla establecido en Paris, y sufre la influencia artística del centro en que vive. Aquí reproducimos este cuadro. La prudente reserva de los aldeanos que miran con malos ojos, pero de lejos á los pobres parias; el orgullo municipi-



Exposicion de 1855. — Escuela peruana. — Habitante de las Cordilleras, cuadro por D. F. Laso.

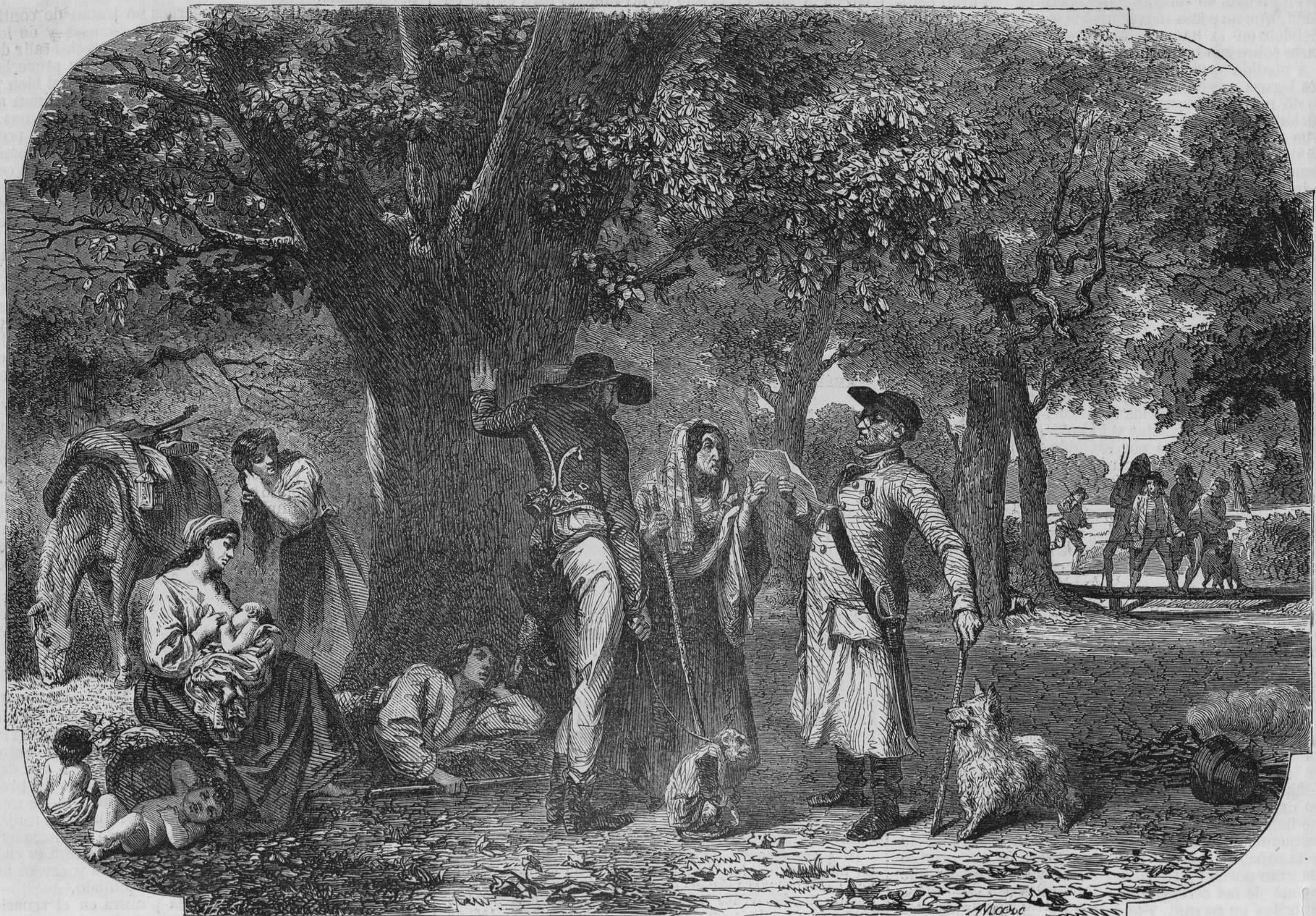
pal del guarda campestre, los rasgos característicos de la vieja gitana, muy ducha en toda clase de brujerías; luego el moceton alto y flaco apoyado en una encina á fin de ocultar mejor una gallina y un conejo robados en las cercanías.... todo esto se halla bien compuesto y ejecutado, descubriéndose en ello una gracia que se encuentra tambien en las actitudes hostiles del perro blanco del guarda y del mono de los gitanos. Dos figuras colocadas detrás, una jóven peinándose, y una mujer dando de mamar á su hijo, no participan del tipo tan enérgicamente caracterizado en las demás figuras. M. KNAUS ha expuesto tres cuadros mas que no están seguramente al nivel del primero.

El catálogo contiene otros siete nombres en el artículo de los pintores de Baden y Nassau. — M. WINTERHALTER pertenece al ducado de Baden.

BAVIERA. — Parece que Munich, la moderna Atenas de la Alemania, que ha resucitado en su seno todos los estilos de arquitectura y construido sus monumentos modernos como para hacer con ellos una historia objetiva del arte, habria debido ocupar un lugar distinguido en la Exposición; pero por desgracia no ha sido así; nosotros nos limitamos á consignar el hecho. Un retrato bastante frio de M. FEDERICO KAULBACH nos ha dado á conocer la fisonomía de su hermano G. de Kaulbach, el autor del carton de la torre de Babel. — *Un paisaje en invierno*, por M. ZIMMERMAN carece de verdad, pero está pintado con delicadeza y con cierta finura de tonos.

WURTEMBERG. — M. BOHN, que ha expuesto una *Desdémona* elegante y una *Serenata* de ángeles llamando el alma de una jóven enferma, es un pintor establecido en Paris. Lo mismo diremos de M. KARL MULLER discípulo de M. Ingres, y autor de una obra bastante distinguida *Romeo y Julieta*.

ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA. — Cuando se recorre S. Pedro de Roma, se ven



Escuela de Baden y Nassau. — Alto de gitanos, cuadro por M. L. Knaus.

con una profunda emocion los diferentes confesonarios de todas las lenguas; recorriendo las diferentes salas de la Exposicion Universal destinadas á los envíos de toda la tierra, pensaba uno experimentar una impresion análoga, pero en breve la reflexion venia demasiado á menudo á destruir el prestigio y á restablecer la verdad de los títulos. De este modo pues, bajo la bandera de los Estados- Unidos, hallábamos unos cuantos pintores franceses establecidos en Paris ó en sus cercanías, pero que vieron la luz en Boston, en Filadelfia, en Nueva Orleans.... De diez uno solo formaba excepcion.— M. HEALY habia expuesto un gran lienzo titulado: *Franklin abogando por la causa de las colonias americanas delante de Luis XVI*, de un aspecto bastante ligero, pero donde la sencillez degenera un poco en vulgaridad. El personaje de Luis XVI no está bien ejecutado. Las cualidades finas de este pintor se hallan manifestadas de un modo mas armónico en algunos de sus retratos. — M. WILLIAM HUNT es un discípulo de M. Couture. En su *Ramilletera* y la *Niña en la fuente* se encuentra el sentimiento de la armonía. — M. ROSSITER es un pintor que pretende mucho á la brillantez en su cuadro de la *Virgen loca* y la *Virgen prudente* y en el paisaje titulado: *Vida primitiva en América*. Su colorido carece de verdad. M. BABOCK es colorista, pero está todavía en los principios de la escuela de M. Diaz.

D. P.

ESCULTURA.

La Minerva del Partenon.

Un arqueólogo del siglo último ha calculado que el número de estatuas halladas solo en Roma ascendia á setenta mil, añadiendo que las procedentes de Grecia y de Italia se acercan á esa cifra, aunque sin alcanzarla. Desde hace sesenta años nuevos descubrimientos vienen á aumentar las riquezas ya adquiridas, y sin embargo, á pesar de eso, á pesar de tantas investigaciones y excavaciones, hay que convenir en que solo poseemos una parte muy reducida de los monumentos de la escultura antigua, si se piensa en aquella prodigiosa cantidad de estatuas, grupos, bajos relieves y bustos que las generaciones de artistas que sucedieron durante mas de setecientos años en naciones amantes del arte, extendieron hasta por los últimos rincones de la Grecia, hasta en los mas pequeños municipios de la Italia, si se piensa en fin en aquellos pueblos de mármol llenos de monumentos admirables.

Sobre esas obras mutiladas del pasado que constituyen hoy nuestras riquezas, hemos estudiado el genio griego, hemos aprendido el gusto de ese arte, grande sin énfasis, elegante sin amaneramiento, gracioso sin afectacion. Y sin embargo, esos restos preciosos son á lo que parece producciones de artistas muy ordinarios cuyo nombre no ha quedado en la historia, y excepto dos ó tres estatuas, es de presumir que solo poseemos copias de aquellos originales célebres, de que hablan los escritores con una admiracion tan unánime.

Por las obras conservadas podemos juzgar al ménos de las obras perdidas, y tomando por medida el grado de belleza que nos ha sido dado apreciar, nuestro espíritu puede elevarse á la comprension de esos tipos perfectos; el mérito de las

copias nos dice claro la hermosura de los modelos; los mármoles de Cleomenes, el Apolo; el Meleagro, etc.; los broncees de Nápoles, el Fauno, el Mercurio, el Orador, permiten á nuestra imaginacion concebir lo que debieron ser los mármoles de Scopas y de Praxiteles, los broncees de Miron y de Policeto.

Pero hay un ramo de la escultura antigua que ha desaparecido enteramente; sus monumentos aniquilados no han dejado ningun fragmento, ninguna señal, pérdida tanto mas deplorable cuanto que en ningun otro ramo de sus artes contaba la Grecia, segun ella misma, obras mas afamadas: era esa estatuaria colosal que brilló en los mejores siglos; Fidias la creó; las pensiones de las ciudades, las rentas enormes de que disfrutaban los templos pagaron la ejecucion de sus obras, y el oro, la plata, el marfil, las materias mas preciosas, los recursos de todos los géneros de ornato se emplearon con profusion en esas obras de dimensiones gigantescas. Con tal sello de un carácter grandioso de fuerza y de riqueza, esa escultura fué verdaderamente la escultura religiosa en Grecia; ella heria los espíritus con el sentimiento de esos dioses homéricos sentados, resplandecientes de oro y pedrerías, sobre sus tronos de marfil; esas divinidades que la imaginacion de los pueblos nacientes habia creado en el Olimpo, el genio de Fidias las trasladaba á la tierra con todo su prestigio; los templos se llenaban con la majestad del coloso divino. Al lado de ese arte tan poderoso sobre espíritus vivos, se elevaba solo con la ayuda del mármol y por procedimientos muy opuestos, otro arte admirable sin duda en su perfeccion, pero que por sus mismos procedimientos y por sus proporciones reducidas no podia llegar á semejantes efectos.

La riqueza de aquellas estatuas se hizo naturalmente la primera causa de su destruccion y de su pérdida. Mucho ántes de Verres los mantos y las barbas de oro de esas divinidades excitaban una avaricia sacrílega; los dioses despojados se aniquilaban pedazo á pedazo, llevándose consigo el arte que les dió vida, quedando solo como recuerdo de él algunos monumentos figurados, representaciones sumamente pequeñas de esas obras colosales. Con ayuda de los textos, de las piedras grabadas y de las medallas, un hombre inteligente, el señor duque de Luynes, ha tratado de restituir la famosa Minerva del Partenon. En una estatua de nueve piés, reduccion de dos tercios de la Minerva de Fidias, ha combinado el oro y la plata con el marfil, y poniendo su obra de esa suerte, los mismos elementos de riqueza, ha reanimado en sus efectos generales la estatuaria crislelefatina. M. Simart fué el encargado de la ejecucion de la obra. No podemos ménos de elogiar (se acto de un artista distinguido, que emprende con modestia una tarea tan delicada, seguro de antemano de no igualar la inmensa reputacion de su modelo, despues de un trabajo lleno de peligros y dificultades.

La diosa se halla representada de pié; en su cabeza lleva un casco con tres plumeros; una esfinge se ve acurrucada sobre la cimera; los grifos velan á los lados y ocho caballos de frente se lanzan de la visera colocada sobre el pecho en medio de la egida la terrible Medusa se halla rodeada de serpientes que alzan sus cabezas silbadoras; en la ma-



Exposicion de 1855.— La Minerva del Partenon, por M. Simart.

no izquierda tiene una lanza y se apoya ligeramente sobre el escudo: la mano derecha elevada á la altura del seno lleva una figurilla de una Victoria alada ofreciendo á la diosa una corona de oro; Minerva está vestida con el peplon y la túnica larga; á sus piés una enorme serpiente enroscada levanta su cabeza.

Ciertamente la obra tiene un mérito real, se halla bien comprendida, su aspecto es noble é imponente, su estilo es severo y armonioso en su conjunto y muy acertado en algunos de sus detalles. Esta combinación de metales inusitada á nuestros ojos, esta innovación artística sorprende la atención y la cautiva, pero á nuestro juicio, algunos defectos de ejecución han disminuido quizá un poco el efecto que se podía esperar de los procedimientos poderosos de esa estatuaria. Es en efecto la Minerva de Fidias que nos describieron Platon, Plinio y Pausanias, y que vemos en los tetrádracmas de Atenas; pero por pequeña que sea la figurilla de la medalla indica una acción. Bajo el manto de pliegues anchos y flozantes se adivina el movimiento; la virgen majestuosa se va á poner en marcha. Esa cabeza es fría, y carece de expresión y de carácter; no es la regularidad geométrica lo que constituye la belleza griega sino la nobleza. Ese peplon sin flexibilidad y sin pliegues, deja sin elegancia y majestad á la figura; el brazo izquierdo cae graciosamente sobre el escudo que sostiene, pero un movimiento poco natural entorpece el brazo derecho. La figurilla de la Victoria es una obra notable de delicadeza; los detalles del escudo que representan el combate de los dioses y de los gigantes en la parte convexa y el combate de las amazonas y de los atenienses en la parte cóncava están tratados con acierto; pero no podemos decir otro tanto del bajo relieve del pedestal: los dioses se hallan en torno de Pandora que acaba de nacer y llevan á porfía sus dones á la hija de Vulcano, recién venida entre ellos. En este trabajo hay algo de amaneramiento; el artista se ha dejado dominar por el gusto y los hábitos modernos.

Pero fuera de la disposición general de esta figura, el empleo de los procedimientos materiales puestos en obra por MM. Duponchel y compañía bajo la dirección de M. Simart, presentaba serias dificultades; los textos antiguos nada dicen sobre los medios de ejecución que se empleaban en esos simulacros; sin duda sobre armazones de madera los artistas debían fijar placas de oro ó de metal batidas con martillo y cinceladas luego; la estatua se elevaba por compartimientos sobre esas armaduras preparadas. Esto se deduce de un pasaje de Luciano donde dice que las imágenes de los dioses, tan espléndidas exteriormente se hallaban carcomidas por dentro por los insectos y los ratones. También se puede creer que sobre aquellas hojas más ó menos gruesas se casaban los diversos colores, según la usanza de la arquitectura y de la escultura policromas generalmente seguidas en aquel tiempo. Es pues, dudoso que los griegos hayan empleado esas tintas verdosas y pálidas que se ven en el manto de esta Minerva.

En cuanto al marfil, ese elemento tan importante en un trabajo de ese género, no habiéndose podido hallar colmillos bastante grandes para ciertas partes de la estatua, el artista ha recurrido al marfil fósil; de tres pedazos diferentes sacó los brazos y la cara, y así ha evitado las añadiduras, pero de esta elección resulta un inconveniente, y es que en lugar del tono vivo y transparente del marfil tenemos aquí un tono mate y apagado, impotente para figurar la firmeza de las carnes y su animación. El apuro era grande. ¿Cómo debía trabajarse ese marfil para amoldarle á las distintas partes de la estatua? Ahí está el secreto; secreto que los antiguos han conocido y que han puesto en práctica en proporciones que solo la ciencia química puede explicar hoy. Pero sin embargo de los defectos que acabamos de señalar en una obra recomendable por eminentes cualidades, la tentativa ha tenido buen éxito; el arte moderno puede comprender el partido que se puede sacar de esas mezclas de metales y materias diversas.

H. L.

## Exposicion universal de la Industria.

### XIX.

#### NUEVAS IDEAS Y NUEVOS PRODUCTOS EN LA INDUSTRIA DE LOS PAÑOS.

No es en el dominio de la industria donde habría que criticar al hombre que abra su alma incesantemente á las inspiraciones progresivas. Aquel dicho tan conocido del príncipe de Ligne, de que *al buscar lo mejor se expone uno á perder lo bueno y á encontrar lo peor*, equivaldría á la negación de las reglas que rigen el órden industrial. A pesar de los descalabros, á pesar de las decepciones que pueden encontrarse, la necesidad siempre viva de las mejoras y los perfeccionamientos permanece como la condición soberana de los triunfos del trabajo.

Ese instinto que atormenta al hombre, sirve además para sacar á luz lo que la mano de Dios puso de grande en su alma, al colocar en ella la facultad de descubrir las leyes del mundo material y los medios de hacer concurrir esas leyes á su servicio, según su voluntad. La obligación del trabajo implica la fuerza de hacer ese trabajo más y más fecundo. Si el hombre hubiera temido empeorar buscando lo mejor, si hubiera temido exponer su bien y aun su vida, ¿cómo se habría aventurado nunca en la inmensidad de los mares, cómo ha-

bría obtenido del vapor cautivo cuyos gigantescos efectos conocemos, ni atraído el rayo condensado en las nubes? Por último, ¿cómo habría transformado los elementos que le ofrece la naturaleza en esos maravillosos productos que llenaban el Palacio de la Industria?

Esa audacia indómita, esas temeridades acertadas corresponden tan perfectamente á las tendencias instintivas de la humanidad, que de antemano pueden contar con la admiración de los siglos. En la época en que estamos, durante ese alto de la industria del mundo, convocada en congreso, ¿qué trabajos, qué productos, merecen con preferencia la aprobación inteligente del público? ¿Cuáles son las obras que la opinión general colocó más alto? Son seguramente los que atestiguan con más brillo la fuerza del espíritu de investigación, los que suponen cierta creación del pensamiento humano. Cada cual se complace en ver glorificar á los autores de obras semejantes, y la industria señala con afán sus nombres en sus anales. El esfuerzo del individuo se halla consagrado por el común asentimiento.

Nosotros mismos obedecemos á ese impulso universal cuando tratamos de poner en relieve las últimas invenciones realizadas en tal ó cual ramo de la fabricación. Sin duda, no encontramos ahí de esos descubrimientos que hacen época en la historia, como los de la brújula, la imprenta tipográfica ó los aparatos de vapor; pero basta que un rayo de luz venga á revelar la existencia de un sendero desconocido, basta una aplicación nueva, una simplificación ingeniosa en el trabajo, para que al punto tengamos obligación de detenernos á examinar con atención el mérito de los productos debidos á esos progresos.

La industria de las lanas de que nos ocupamos, la industria pañera ofrece precisamente algunos ejemplos de tentativas acertadas más ó menos importantes. Ya muy notadas en las galerías francesas, dan un justo relieve á ciertos nombres, realzan grandemente ciertas individualidades.

Nadie pensó quizá que los paños pudiesen tener escarapates que se ofreciesen á la vista como verdaderas curiosidades industriales, y despertasen la atención en los profanos á esa industria, y sin embargo, examinando las muestras de un manufacturero de Sedan, M. Elisee de Montagnac, hemos hallado creaciones que hablan á los ojos y que excitaron en alto grado el asombro del público. M. de Montagnac, cuya situación manufacturera se ha aumentado considerablemente en pocos años, expuso dos telas de un género notable creado por él, á saber: paño-terciopelo, y paño imitando pieles de animales.

Los tejidos que imitan las pieles de oso blanco y negro, se acercan maravillosamente al natural; jamás se habría podido creer que con la lana se pudiese obtener una similitud tan completa y regular. Esta clase de paño es superior para prendas de invierno. El paño-terciopelo es de una utilidad más general, de un uso susceptible de mayor despacho. El tejido llamado paño-terciopelo presenta la suavidad y blandura del terciopelo de seda, aunque conservando sus caracteres esenciales. Fabricante muy distinguido en el ramo de la novedad, M. de Montagnac trata las telas labradas á la manera de sus terciopelos lisos, y obtiene así novedades de paño-terciopelo.

Una vez creado este género, la fabricación llegó á un grado de perfección extraordinaria. Por eso las miradas se detuvieron mucho en ese escaparate donde se muestra el espíritu industrial con tanto brillo. Las creaciones de M. de Montagnac ensanchan el círculo de la fabricación sedanesa, renovándole. No carece de interés el conocer cuales son los principios esenciales de la fabricación del paño-terciopelo, y pocas palabras bastarán para dar una idea de ellos á todos nuestros lectores que no se hallen en los secretos de la profesión y que gusten de recoger, aunque de paso, algunas nociones elementales sobre los asuntos técnicos, sin necesitar por eso hacerse cargo de todos los detalles.

Se logra enderezar la lana y obtener la superficie aterciopelada imprimiendo á la tela mojada, ya mecánicamente, ya á la mano, sacudimientos como los que resultan de un golpeo con vara. El principio de esta fabricación reside pues, en el golpeo del tejido mojado, golpeo que tiene que hacerse mediante ciertas reglas y que debe ser seguido de ciertas operaciones para llegar á un resultado satisfactorio. M. de Montagnac ha podido descubrir, á beneficio de una serie de circunstancias, el efecto del golpeo para el enderezamiento de la lana, y adivinando las consecuencias que se podían sacar de este descubrimiento ha sabido aplicarla en condiciones manufactureras: hé ahí en último resultado, su triple mérito. Un fabricante de Elbeuf, M. Teodoro Chenneviere, cuya fama industrial es ya antigua, ha enriquecido por su parte el dominio de la novedad de Elbeuf con géneros distintos, muy apetecidos por el comercio. Entre los artículos que llenaban su escaparate en la Exposición Universal, hay muchos creados por él, y otros que han sido confeccionados en sus talleres á beneficio de procedimientos nuevos. M. Chenneviere ha emprendido con buen éxito la fabricación de los tejidos para vestidos de mujeres, y confecciona artísticamente telas dobles, esto es, que llevan por el revés su forro tejido. No es posible imaginar hasta que punto las lanas se transforman en manos de este fabricante, toman cien aspectos nuevos, pero aquí el espíritu inventivo no se entrega á exentricidades inaplicables, sino que sabe tener en cuenta las menores necesidades de la fábrica.

La invención se manifiesta sobre todo en los efectos que M. Chenneviere obtiene de la alianza de los desperdicios de seda con la lana, pues ha encontrado un medio

para utilizar las materias que antes se perdían en su mayor parte en las hilanderías de seda. Fabrica telas en que la lana y la seda conservan su naturaleza propia hasta el punto de que parecen enteramente independientes una de otra, y á veces las mezclas se hallan tan ingeniosamente combinadas que no se reconocen ya los caracteres de cada una de las materias empleadas. Parecen telas tejidas con hebras de una especie desconocida.

M. Chenneviere ha tenido el arte de mezclar á veces con la seda ó la lana ciertas materias cuyo uso se hallaba hacia tiempo abandonado ó jamás había tenido lugar en proporciones verdaderamente manufactureras. De este modo ha sabido utilizar los filamentos finos y sedosos que fijan las conchas de ciertos moluscos á los flancos de las rocas marinas; y los pelos de diferentes animales como el castor y la vicuña; sin embargo, estas son excepciones que se han visto repetidas también en las exposiciones de uno ó dos manufactureros de Elbeuf. Pero la innovación anchamente cumplida, la innovación consagrada por muchas operaciones, aquella que tiene delante mejores perspectivas, consiste en el empleo de la seda mezclada con la lana para la confección de los vestidos de mujeres y de hombres. Nadie ha visto sin interés esas variedades de telas cuyo derecho es de lana ó de cachemira, y cuyo revés es de seda. Aquí esta segunda cara imita las pieles, allí reviste el aspecto de la felpilla, en otras presenta la brillantez del terciopelo propiamente dicho.

Distinguirse por una habilidad particular, conquistar una superioridad incontestable en una fabricación conocida es un hecho digno de todo elogio, y es un mérito al que harémos plena justicia siempre que la ocasión se presente. Cuando esa superioridad de ejecución parece inmovilizada en las mismas manos, manifiesta seguramente un genio real de fabricación. Mas de un ejemplo de esta verdad tenemos en algunas de las ciudades francesas consagradas á la industria pañera. Las más altas recompensas otorgadas repetidas veces en las exposiciones nacionales, han consagrado reputaciones que saben permanecer fieles á sí mismas. No obstante, quizás podrían criticarnos que no insistiésemos de un modo especial sobre los esfuerzos que abren nuevas salidas á la fabricación y ensanchan el dominio del trabajo. Además en las invenciones individuales más afortunadas hay siempre un fondo, cuyo honor pertenece á los ejemplos anteriores, á los hechos adquiridos. Los nuevos desarrollos dados á una fabricación habrían sido imposibles si no hubiesen sido precedidos de muchos perfeccionamientos realizados ya.

Después de haber citado las creaciones de MM. de Montagnac y Chenneviere, quiero mencionar una aplicación de otra naturaleza, efectuada por un fabricante de Reims, M. Vigoureux. Esta invención, aunque puede utilizarse para toda clase de tejidos, es propia con especialidad por los ensayos intentados hasta el día, de las telas de lana. Como ha sido aplicada á los paños finos, á los casimires, en ninguna otra parte podría mencionarla mejor que aquí.

No se trata aquí ya de la fabricación del mismo, sino de una operación accesoria á la que se somete el tejido después de la fabricación, la cual tiene por objeto la impresión ó estampación en relieve. No quiero decir que la idea de estampar las telas sea en sí misma una idea nueva, pues al contrario, nada ha sido más común que las telas estampadas; únicamente hasta hoy los dibujos en relieve no habían sido sólidos nunca; hasta llegaban á desaparecer con tanta facilidad que se concluyó casi por renunciar á las preparaciones de ese género. M. Vigoureux ha encontrado el medio de fijar el estampado de un modo inalterable.

Sus procedimientos, cuyos rasgos principales es muy curioso señalar, son todos muy sencillos. La operación se efectúa por medio del vapor. Los tejidos se colocan entre dos placas ó cartones recortados según los dibujos que se quieren obtener. Estas recortaduras pueden variarse á lo infinito. El vapor llega por una de las placas y obliga á la tela á extenderse, la hace más flexible humedeciéndola. Enseguida, basta someter los tejidos á la acción de una fuerte prensa mecánica, pues para que sea completamente satisfactoria esta presión, debe ser muy considerable. Se tiene por insuficiente una fuerza de 15,000 á 16,000 kilogramos. La presión hace entrar la tela en los agujeros que figuran los dibujos, y gracias á la flexibilidad previa producida por el vapor, el tejido recibe una marca que nunca se borra.

El escaparate de M. Vigoureux encerraba muchas muestras notables. Sin embargo, como la invención es muy reciente, no ha sido posible ejecutar los ensayos en la actualidad sometidos al fallo del público con las nuevas máquinas destinadas á operar toda la presión necesaria. Estos nuevos aparatos no se hallaban dispuestos cuando se abrió la Exposición Universal; los productos expuestos no han podido pues considerarse como el último perfeccionamiento de un sistema de estampado, puesto que son debidos al empleo de máquinas imperfectas; sin embargo, permiten ya establecer ciertos principios llamados quizá á introducir notables modificaciones en la fabricación de los tejidos.

De este modo, los relieves formados sobre telas crudas resisten á la acción del tinte; colocados durante cuatro horas en una caldera hirviendo, salieron de ella intactos. Después de este estampado, la tela puede recibir aun las impresiones por los medios ordinarios, sin que esta impresión haga desaparecer la otra. Hemos visto muestras que ponen en evidencia un efecto muy singular de esta última aplicación. Cuando se cubre con una impresión una tela ya sometida al estampado, un golpe de plancha de un solo color aparece sobre esa tela

en dos matices distintos: el relieve toma una tinta mas oscura que el fondo. Puede decirse que el vapor reunido en el hueco del dibujo, al dilatar mas la tela en ese sitio, la comunica una fuerza de absorcion mucho mas grande. Así tambien, cuando en vez de tomar un tejido crudo se somete al estampado una tela teñida ántes de la operacion, se obtienen igualmente por la presion del vapor colores diferentes. Supongamos un tejido liso color de castaña que se quiera sembrar de florecillas por medio del estampado, el fondo conservará su tinta primitiva, pero las florecillas tendrán un tono infinitamente mas oscuro que llegará al negro.

Pregúntase uno si seria posible emplear vapores colorantes supliendo así hasta cierto punto por la impresion en relieve, la impresion ordinaria sobre tela. La exposicion de M. Vigoureux no resuelve esta cuestion, pero se prosiguen ensayos en ese sentido, y pronto sabremos si no podrian obtenerse por lo accion de causas científicamente combinadas resultados análogos á los que la estampacion ha producido accidentalmente para el colorido de las telas. No tememos aventurarnos mucho diciendo que debe ser posible impregnar los tejidos crudos con ciertos mordientes por medio del vapor á fin de que resulten en el tinte despues de la estampacion colores muy variados.

La innovacion realizada por M. Vigoureux, tendrá pues, muchas consecuencias. Hemos creido que debiamos insistir sobre esos principios elementales, precisamente á causa de la parte de secreto que envuelven aun y que de un momento á otro vendrán á poner en claro experimentos mas extensos.

Pero ya que tratamos de las invenciones efectuadas en el dominio de la industria de los paños, debo hablar de un nuevo sistema de aderezo que tiene por objeto hacer esta operacion mas rápida, mas económica y perfecta. La nueva máquina llamada *aderezadora* ha figurado en la Exposicion en triple ejemplar, y la menciono con tanto mas gusto cuanto que ha sido inventada por dos obreros de la casa Barbot y Fournier, de Lodeve, MM. Peyre y Dolgues.

Este aparato funciona ya en muchos establecimientos prestando servicios bien apreciados de los manufactureros. ¡Circunstancia singular! Se halla mas esparcido en el extranjero que en Francia; existe en Bélgica, en Prusia, en Austria, en España, en Suecia. La casa Biolley, de Verviers, que posee la fábrica mas grande de paños que hay en el continente europeo, no expuso en sus escaparates otros paños que los preparados con ayuda del nuevo sistema. MM. Biolley han montado catorce máquinas de las de MM. Peyre y Dolgues. En Francia hay tambien algunos ejemplos análogos, pero son raros, y todos se ejecutan siempre en pequeña escala. Solo nos han señalado la casa Vernazobres, de Bedarioux como la única que ha aderezado todas sus telas á beneficio del nuevo procedimiento.

Entre los modelos expuestos, el uno es de la casa de MM. Biolley, y el otro, el que funcionaba en la galería de las máquinas á la vista del público, pertenece á M. Lacroix, de Ruan. El tercero figuraba como el primero en el círculo de la exposicion belga, y fué enviado de Verviers por MM. Houget y Teston, de los tres, este es el que parece mejor acondicionado.

El mérito principal de la máquina en cuestion consiste en la reunion de las dos operaciones que constituyen el aderezo, separadas hasta ahora una de otra: la primera llamada *lanaje* y la segunda *tundidura*. El aparato lanador y el aparato tundidor, están, decimos, intimamente asociados uno á otro; el primero de estos dos aparatos se halla provisto de dos cilindros que obran simultáneamente sobre la tela en sentido contrario, de modo que no hay necesidad, como con el sistema de un solo cilindro, de quitar la tela para practicar el lanaje en ambos sentidos. El segundo aparato el tundidor, obra inmediatamente despues del primero y puede funcionar mientras se continúa el lanaje. Así se evita el mover la tela que ántes era preciso trasladar de un mecanismo á otro, ni tampoco hay que secarla en el intervalo de las dos operaciones. La aderezadora de MM. Peyre y Dolgues parece recomendarse pues, por la economía que procura simplificando el trabajo.

En cuanto á la consecuencia de que el paño gana en hermosura, que es mas terso y de un grano mas fino, no pretendemos juzgarla aquí; seria completamente inútil para los fabricantes que habrán podido hacerlo por sí mismos examinando en los escaparates de los paños belgas y comparando los resultados obtenidos mediante uno y otro sistema.

El exámen de esas ideas nuevas, de esas creaciones diferentes, nos ha llevado mas lejos de lo que pensábamos. Ya no tendríamos espacio suficiente para señalar como conviene los caracteres que distinguen en grados tan diversos las exposiciones de las diferentes fábricas francesas de Sedan, Elbeuf, Vire, Abbeville, Liesieux, Bischwiller, Romorantin, Mazamet, Bedarioux.

En el seno de algunos de esos puntos se encuentran resultados mas ó menos numerosos, títulos individuales ó colectivos cuyo brillo recae sobre toda la industria de las lanas. Temeríamos mutilar el cuadro dividiéndole, y volveremos otro día á considerar las galerías francesas consagradas á los paños.

tiene la condicion singular y sorprendente que todo lo escrito puede ser borrado perfectamente en todo tiempo con una esponja húmeda. Es decir, que en una hoja de este papel puede escribirse de 30 á 50 veces, y con pluma de ave hasta 100 veces, sin que despues de haber borrado la escritura quede el mas mínimo vestigio. Fácil es concebir la ventaja económica que resulta con el uso de este papel, solo que para aprovecharle es menester servirse de una tinta especial, la que prepara el mismo señor Delius.

— Un americano llamado House ha inventado un aparato para despertar á cualquiera en momento determinado. Los relojes ordinarios despertadores tienen la desventaja, que si bien despiertan al durmiente, no impiden el que vuelva á quedarse dormido. Uno de los mas recientes números del *Scientific American* trae una descripcion y su correspondiente dibujo. Mediante un mecanismo sencillo comienza una campana, colocada junto á la cabecera del durmiente y á la hora que mas acomode, un ruido deshecho que despierta infaliblemente é incontinenti. Si se levanta el individuo puede paralizarse el mecanismo; pero si por el contrario no se desprende de los brazos de Morfeo, prosigue el mecanismo su rumbo, tanto que al cabo de un pequeño rato se hunde la cama por un lado, y el dormilon es arrojado de la misma al suelo.

— Un tal Arnoux, vecino de Marsella, acaba de inventar una nueva bomba hidráulica para facilitar el desagüe de lagunas y estanques, y para el riego pronto y poco costoso de los terrenos. Esta máquina tiene grandes aplicaciones en marina, puede asimismo reemplazar á las norias, etc., y sirve para otros usos agrícolas é industriales.

— Para la iluminacion submarina, ha sido recientemente empleada en las campanas de buzo la luz eléctrica. El aparato consiste en un cilindro de cristal con una lente que refleja la luz paralelamente al mecanismo galvan-eléctrico colocada en el interior de dicho cilindro. Luego que el buque necesita de él, solo tiene que tocar un pequeño tornillo y entónces las corrientes eléctricas que terminan en carbon vegetal muy pulverizado, se levantan compactas que pueden encenderlo, y resulta una luz que dura dos horas, iluminando una extension de 40 piés de radio. Una de las máquinas *Bathing* del Sena, se halla ya provista de un gran aparato de esta clase, la cual hace ver los objetos á una profundidad de 30 piés bajo la superficie del agua.

MINAS. — Háse publicado en Lóndres un trabajo estadístico relativo al desenvolvimiento de la industria minera en la Gran Bretaña, de cuyo cuadro tomamos los datos siguientes:

El número de personas empleadas en las minas del Reino Unido en 1854 era:

Hombres de ménos de 20 años. . . . .	86,647
Id. de 20 años arriba. . . . .	203,520
	290,167
Mujeres de ménos de 20 años. . . . .	4,994
Id. de 20 años arriba. . . . .	3,816
	8,810

En minerales hubo durante el propio año los productos siguientes:

Estaño. . . . .	6,763 toneladas	690,000 libras
Cobre . . . . .	13,042 —	1,229,807 »
Plomo . . . . .	64,905 —	1,472,145 »
Plata . . . . .	700,000 onzas	192,000 »
Hierro . . . . .	3,068,838 toneladas	9,500,000 »
Carbon. . . . .	64,661,401 —	15,975,000 »
Zinc. . . . .		16,500 »
Arsénico y minerales diversos. . . . .		500,000 »
		28,572,922 »

El número de los hornos que en el dia arden en Inglaterra asciende á 664.

ECONOMÍA DOMÉSTICA. — Quien quiera prepararse un té de un gusto muy grato, sustancioso y refrigerante á la vez, se le puede recomendar la receta siguiente: Se tostarán unos granos de maiz ordinario hasta que tomen ya un color pardo claro, para despues pulverizarlos majándolos. Agrégase despues una dosis conveniente de aspérula (*Asperula odorata*). Puestas estas especies en infusion de agua hirviendo y agregando su correspondiente azúcar y un poco de leche se obtiene una bebida, la cual aun prescindiendo de su equidad, aventaja por su calidad nutritiva al té de la China, y aun le hallan muchas personas de un sabor mas agradable.

ECONOMÍA RURAL. — Produce la Hungría anualmente segun mas recientes datos estadísticos, 30 millones de eimers de vino, (un eimer de Hungría — 3 arrobas y media próximamente).

— El drenaje ó seca de terrenos pantanosos para hacerlos productivos, procedimiento que se practica hoy dia en grande escala en Inglaterra, Francia y Suiza, y que consiste en recoger el agua excedente en tubos de barro que se extienden convenientemente á cierta profundidad y en direccion segun el declive del terreno para darle escape ó para conservarla en caso de que pueda ser útil algun dia, tiene tambien en Bélgica cada vez mayor aceptación. El número de fábricas de tubos aparentes se ha aumentado en aquel país muy notablemente desde el año de 1850. A fines de 1852 existian ya 32, y un año mas tarde 55. En 1853 despacháronse en las fábricas hasta 15,372,965 tubos de diferentes calibres. Sentando, respecto al valor de los tubos un precio medio, resulta que los agrónomos belgas han gastado en 1853 por tubos de esta clase la cantidad de 282,675 francos. Con este tubaje se hicieron productivos á lo ménos 3,654 hectáreas de terreno pantanoso. Los agricultores gastaron para lograr este objeto en un todo

733,082 francos, y la riqueza rural recibió con ella un aumento anual hasta de 146,616 francos.

— La segunda cosecha de la seda del presente año ha presentado en Piamonte un éxito sumamente favorable. Segun pretenden los cultivadores, fabricantes respectivos é hilanderas, no desmerece la seda recogida en la cosecha de otoño á la de primavera, tanto en lo que respecta la cantidad como calidad.

— En el « Correo meacantil » de Berna leemos las siguientes líneas:

« Ya en otro número habíamos dado cuenta acerca de la *igname* china, fruto tubercular alimenticio muy estimado, por cuanto reemplazará acaso á las patatas ordinarias, ó cuando ménos servirá para completar la falta, ó escasez de estas. Este nuevo fruto ha sido traído de la China por el embajador francés M. Montigny, que con interés especial habia recogido datos acerca del cultivo de este producto agrícola, y sabido que este precioso fruto alimentaba mas de 30 millones de personas. Convencido de la extraordinaria utilidad que redundaría para la Suiza el cultivo de esa planta, hizo un tal señor Besnard, vecino de Biel, ensayos respectivos despues de haberse procurado de la China misma la semilla. Tenemos la satisfaccion de anunciar al público que el resultado conseguido por Besnard ha sido asombroso, tanto por la cantidad como calidad. A la vuelta de un par de años se habrá generalizado en toda la Suiza este excelente y nuevo artículo de subsistencia. »

TELÉGRAFOS. — Puede decirse ya en el dia, que casi toda la tierra se halla cubierta de una red telegráfica. Gran importancia é interés especial envuelven, empero, aquellas líneas telegráficas que trasmiten en todas direcciones los sucesos de la gran cuestion que en el dia preocupa preferentemente la atencion del mundo entero, á saber, la lucha de Oriente. Francia é Inglaterra hállanse ya en comunicacion con la Crimea, mediante líneas telegráficas. La Rusia, no desconociendo á su vez la importancia extraordinaria de tamañas comunicaciones, ha establecido en tiempos recientes mayor número de líneas telegráficas que otro país alguno.

A principios de agosto del año pasado, contaba ya el imperio moscovita las siguientes líneas en explotacion: la línea de San Petersburgo, Bologe, Mostau, su longitud, 87 millas geográficas, provista de dos alambres conductores, Moscow, Dowsk, Kieff 122 millas, Kieff, Kremenschuk, Nicolaieff-Odessa, 103; San Petersburgo, Alejandría, Cronstano, 6, con dobles conductores; San Petersburgo, Zarskoye, Scelo, Gatschina, 76, con dos conductores; Gatschina, Dunaborgo, Mariampol, Varsovia, 148; Gatschina, Narwa, Reval, 49; Dunaborg, Riga, 34; Mariampol, frontera de Prusia en Eudkuhenen 5, 9; Varsovia, Granitza (frontera de Austria), 41, con dos conductores; Granitza, fronteras de Prusia en Myslowitz 1, 2. La extension total de las líneas telegráficas ascendió á 673, y los alambres á 815 millas geográficas.

Las líneas que acabamos de mencionar se hallan en la parte occidental de la Rusia europea. Hácia la parte oriental de la Rusia europea y territorios fuera de Europa, no se extendian aun en aquella fecha las líneas telegráficas. La línea de San Petersburgo por Niborg á Helsingfors une la costa Norte, y la de San Petersburgo por Narwa á Reval, la costa Sud del golfo de Finlandia con la capital del imperio.

Desde principios de agosto háse aumentado el número de las líneas consignadas con algunas nuevas, y otras muchas se están estableciendo.

FÍSICA TERRESTRE. — El temblor de tierra, que en el canton de Valés, en Suiza, comenzó en 25 de julio próximo pasado, continúa aun en el dia. El foco principal de accion, ó el máximo de intensidad de los sacudimientos, sigue desde la enunciada época en el mismo punto, á saber: en los alrededores de Vierge ó Visp, algo al S. de Stalden. Los habitantes del país distinguen tres diferentes estrépitos, que acompañan á las sacudidas, á saber: 1a. detonaciones análogas á las de una pieza de artillería de grueso calibre, ó fuertes explosiones de minas, que partiesen de las entrañas de la tierra; 2a. un fragor constante, un fuego de filas bien nutrido, ó el ruido que hace un carruaje muy cargado atravesando una calle de mal empedrado; 3a. un estampido sordo, lejano, guarecido al trueno á grande distancia.

Aun no se han podido coleccionar las relaciones exactas entre la naturaleza geológica del suelo y la intensidad del fenómeno. Luego extendióse el movimiento el 25 de julio en un radio de 100 leguas próximamente, afectando de consiguiente toda la serie de terrenos. En Viep mismo compóñese el terreno de una arcilla pizarrosa, á veces mezclada de talco, y conteniendo no raras veces cuarzo en hoja muy tenue, mientras que el fondo de los valles se halla encumbrado de aluviones. Las casas construidas sobre roca viva han padecido, á lo que parece, mucho ménos que los edificios situados sobre un terreno movedizo. Uno de los efectos de aquellos temblores de tierra fué la inmersión de una gran parte de las tierras cultivadas, convertidas hoy dia en pantanos, sea que la depression los haya colocado mas abajo del nivel del Ródano como pretenden los naturales, ó sea porque hayan surgido numerosos manantiales á los cuales les falta el necesario desagüe. Refiérese asimismo la circunstancia especial, que desde que se hicieron sentir aquellas violentas conmociones del mes de julio, se advirtió la desaparicion de los pájaros, principalmente las golondrinas.

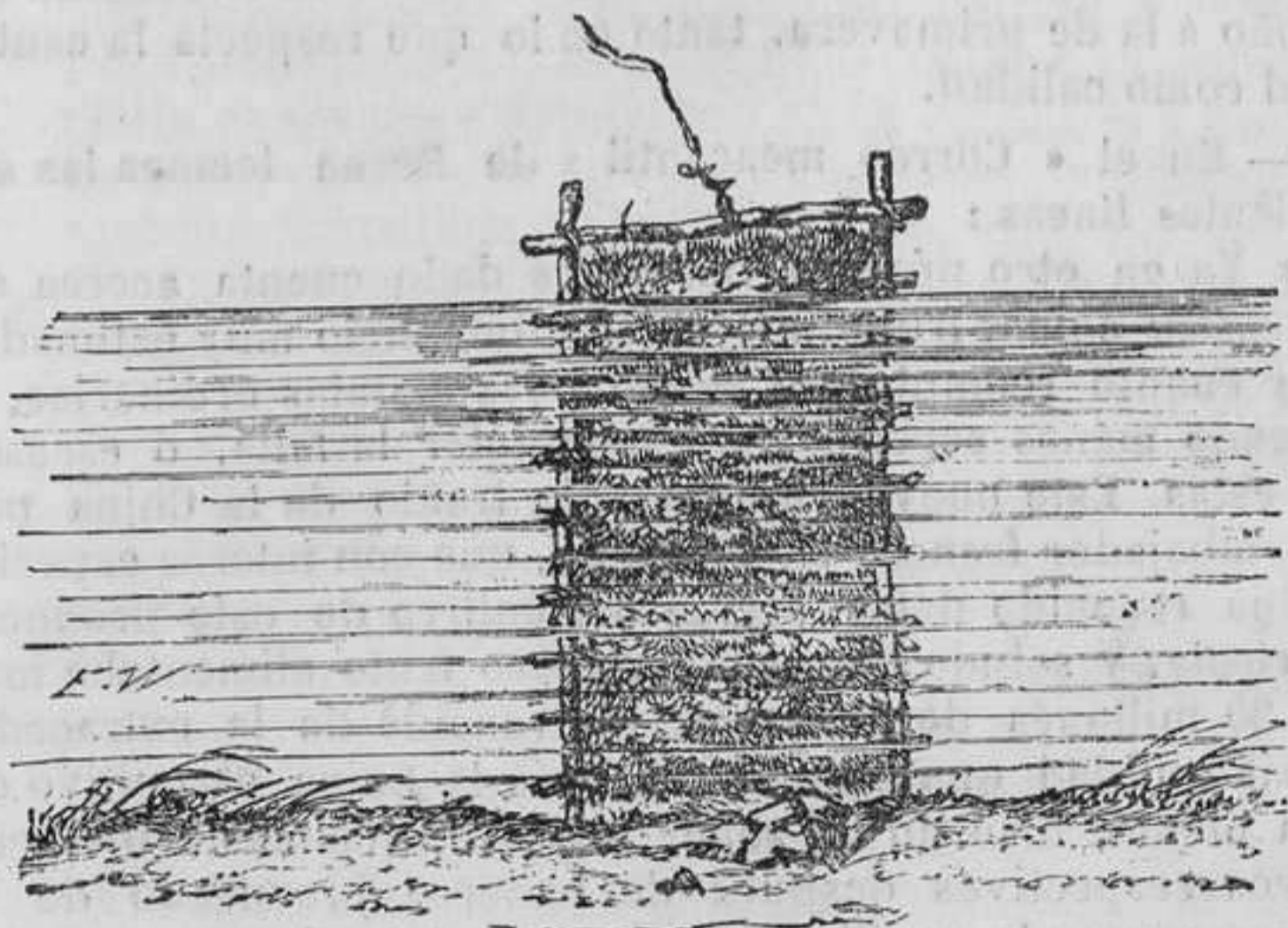
Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

INVENCIONES Y DESCUBRIMIENTOS. — El artista académico Delius, de Berlin, ha inventado una clase de papel que

**Piscicultura.**

Hace ya años que M. Coste, miembro del Instituto y profesor en el Colegio de Francia, trabaja incesantemente en la piscicultura. En el Colegio de Francia tiene



Desovadera artificial.

aparatos donde se crían peces, y los resultados que hasta hoy ha podido alcanzar dejan entrever una fuente de riqueza y de bien estar para una gran parte de las poblaciones. Un día llegará en que cada ciudad podrá crearse una reserva de peces, como hoy se crea una reserva de granos. Los procedimientos están hallados ya, las experiencias son concluyentes, ahora solo se trata de poner manos á la obra. M. Coste ha escrito un tratado sencillo, claro y preciso sobre piscicultura, dirigido á las masas.

En la primera parte de esta obra consagrada á la historia de la piscicultura, hallamos páginas curiosas é interesantes, pero creemos agrandar mas á nuestros lectores sacando nuestras citas de la parte técnica, y acompañando estas noticias con sus dibujos correspondientes.

Sabido es que las truchas y los salmones cuando llega la época de la postura, suben los arroyos donde un agua límpida corre sobre un fondo de casquijo menudo, separan las piedras con la cabeza y con la cola, las arreglan de modo que formen como unos diques para entorpecer la rapidez de la corriente, y en cuyos intersticios se halla al abrigo su primogenitura. Ahí, en efecto, deposita la hembra sus huevos en el suelo: el peso los precipita al fondo, y como el fondo es pedregoso, los unos pasan detrás de un guijarro, los otros detrás de un se-

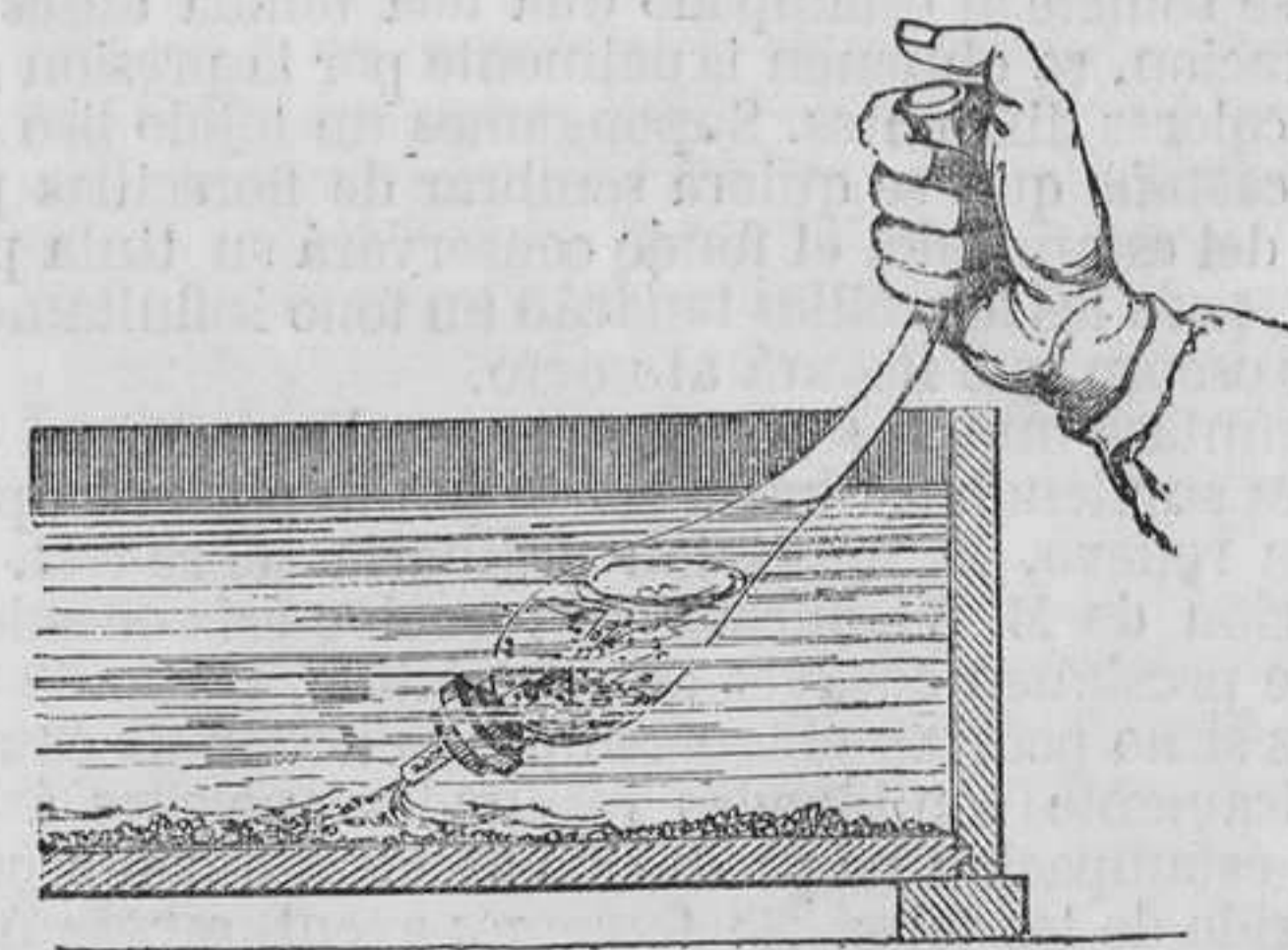
gundo guijarro, etc. El macho viene despues á derramar su lechada sobre los huevos, y esta lechada arrastrada por el líquido que la sirve de vehículo pasa sobre ellos como una nube, impregnándolos de moléculas fecundadoras, y se disipa despues de haber enturbiado un instante la transparencia del agua.

Los peces se dividen en dos categorías: las especies cuyos huevos se adhieren á los cuerpos extraños y las que los abandonan en el fondo de los rios.

Seria un medio para multiplicar las especies, cuyos huevos no quedan libres, como las carpas, los gobios, las pertigas, el recoger en la estacion de las posturas y en los lugares donde esos peces desovan naturalmente, todos los cuerpos á que sus huevos están fijos ó colgando y colocar esos cuerpos en aparatos que favorezcan los nacimientos. Si en los estanques donde se quiere multiplicar las especies que se conservan en ellos, no existen plantas acuáticas, se pueden reemplazar por desovaderas artificiales (número 1) compuestas de matas de raíces ó de plantas, de manojos de brezos ó de leña menuda. No es indiferente el colocar estas desovaderas artificiales en un punto cualquiera del agua, sino que de esta eleccion depende todo el éxito, sin que pueda determinarse mas que por el conocimiento del instinto de los peces.

Pasarémos por alto los detalles de la fecundacion natural ó artificial de los huevos, y solo nos ocuparémos de los aparatos de incubacion, de canales facticios y de corrientes constantes, cuya invencion pertenece á

con que se ensucia, y la experiencia ha demostrado que los cubillos de piedra, de barro cocido y mejor aun de barro bañado, son los mejores recipientes para esta operacion delicada. Se pueden arreglar de varias mane-

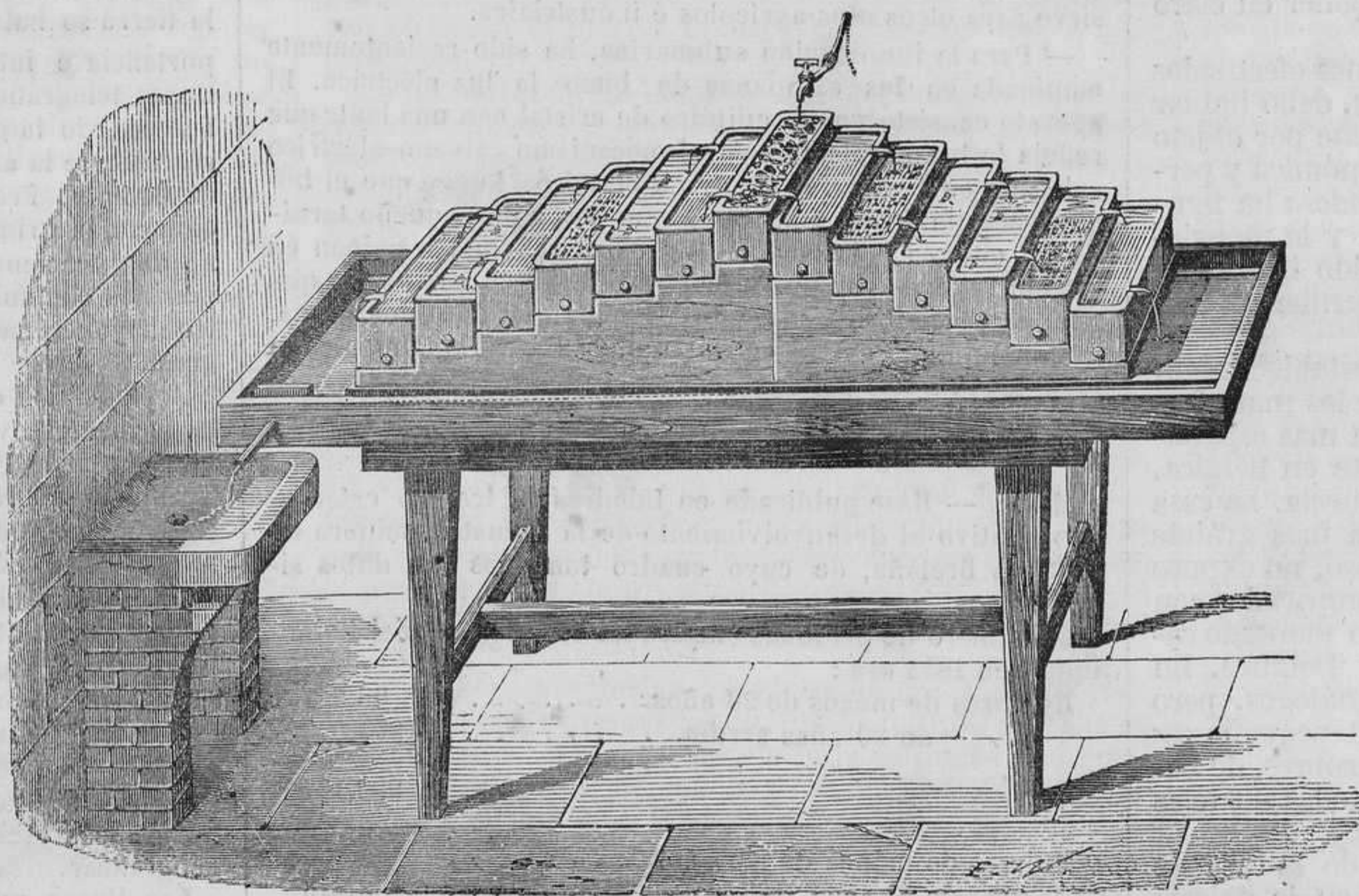


Maniobra de una pipa curva para aspirar los huevos recién abiertos.

ras los cubillos para formar un aparato, pero como mejor están es colocados al lado unos de otros sobre una doble hilera de gradas correspondiéndose como entre sí se corresponden los escalones de una doble escalera. La canalita que ocupa el escalon mas alto sirve segun las necesidades de arroyuelo de nacimiento ó de filtro, si las aguas que se emplean no son muy puras, y en este último caso, despues de quitar el zarzo se llena ese cubillo de carbon molido, de arena menuda ó de verbas acuáticas. Ese arroyuelo debe estar provisto en el extremo contrario al que recibe el agua, de dos canalones en vez de uno solo; el uno á la derecha y el otro á la izquierda. El agua se encuentra así dividida en dos corrientes que caen en las aguas laterales donde por medio de otros canalones, el líquido serpentea, se aumenta de caída en caída á medida que recorre los diferentes compartimientos de cada una de las alas de ese aparato y se derrama en fin á cada lado (fig. 4).

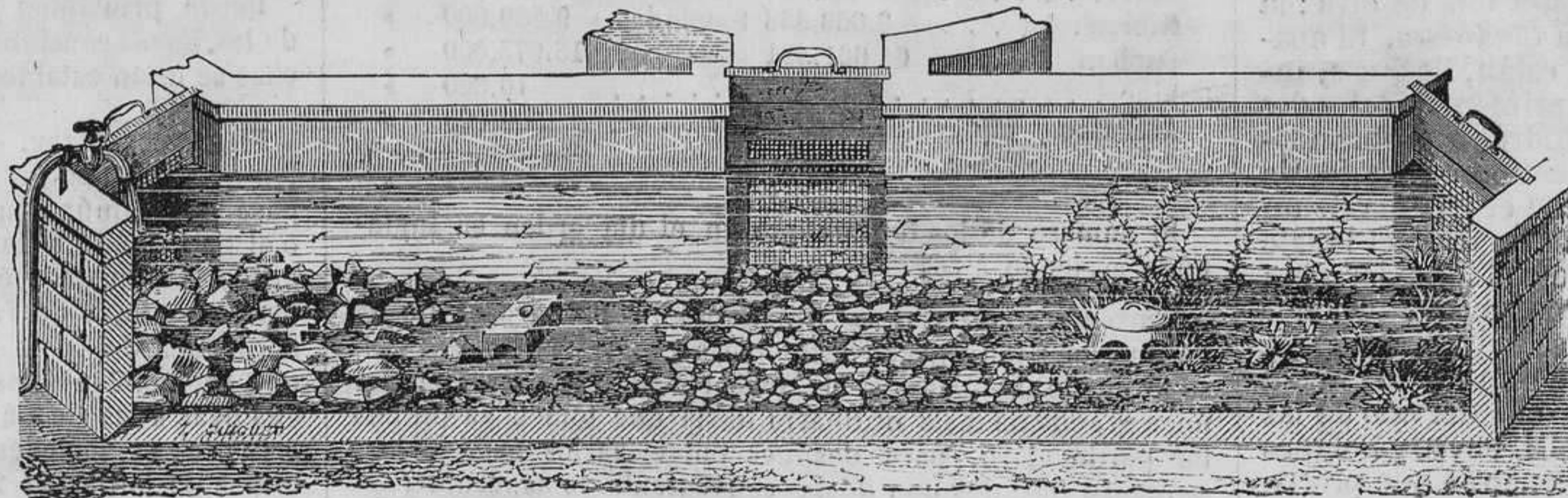
La temperatura ejerce una gran influencia sobre el nacimiento. Hay especies que no necesitan mas que una semana ó dos de incubacion, en tanto que otras exigen dos ó tres meses; sin embargo la experiencia ha probado que se

podia apresurar el nacimiento por un calor facticio que es preciso variar segun las especies, evitando sin embargo, las variaciones demasiado bruscas. Los parasitas

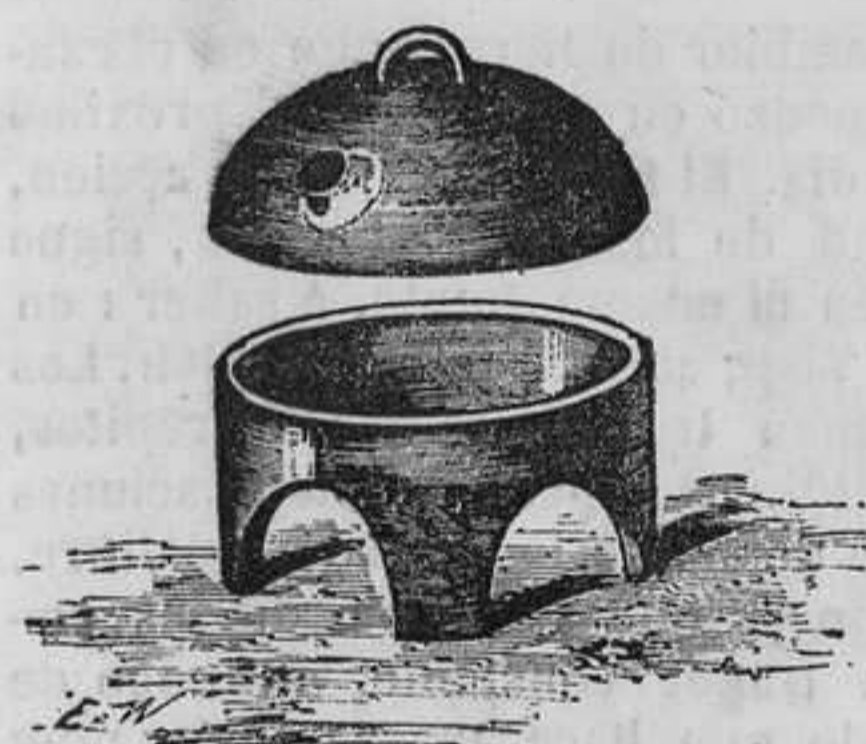


Aparato donde nacen los peces, en el Colegio de Francia.

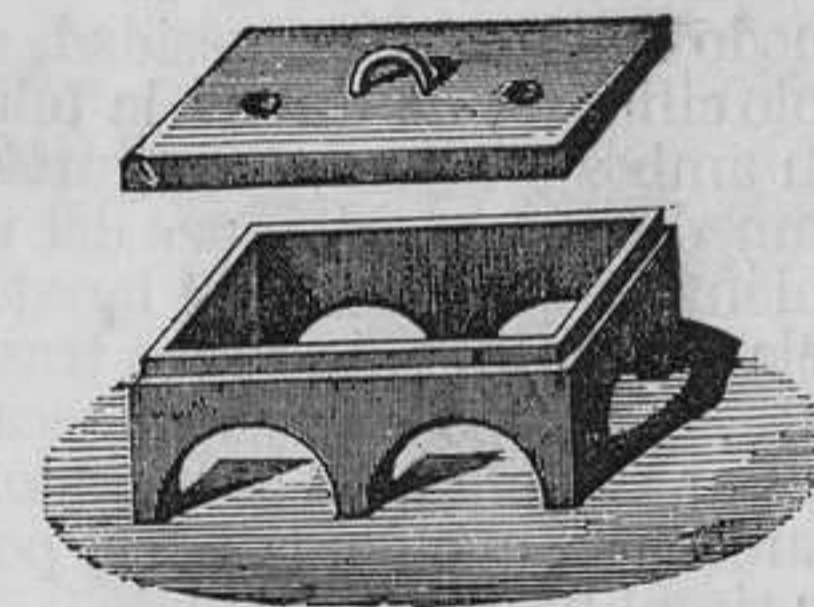
M. Coste. Los metales que pueden oxidarse prontamente son causas de grande mortandad; así se debe rechazar su empleo; la madera tampoco es propia, por la facilidad



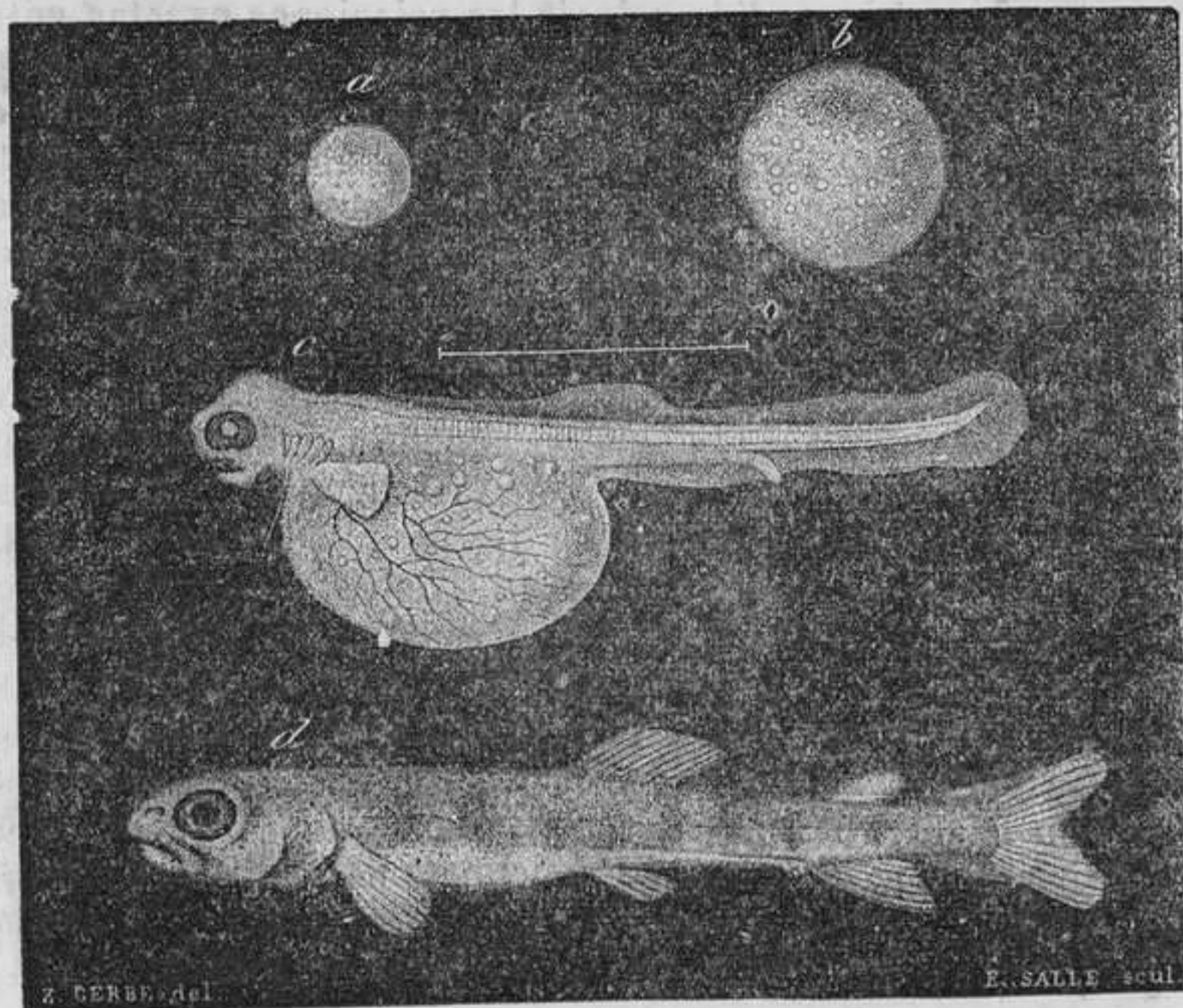
Vista de un compartimiento del estanque del Colegio de Francia.



Abrigo para los pececillos.



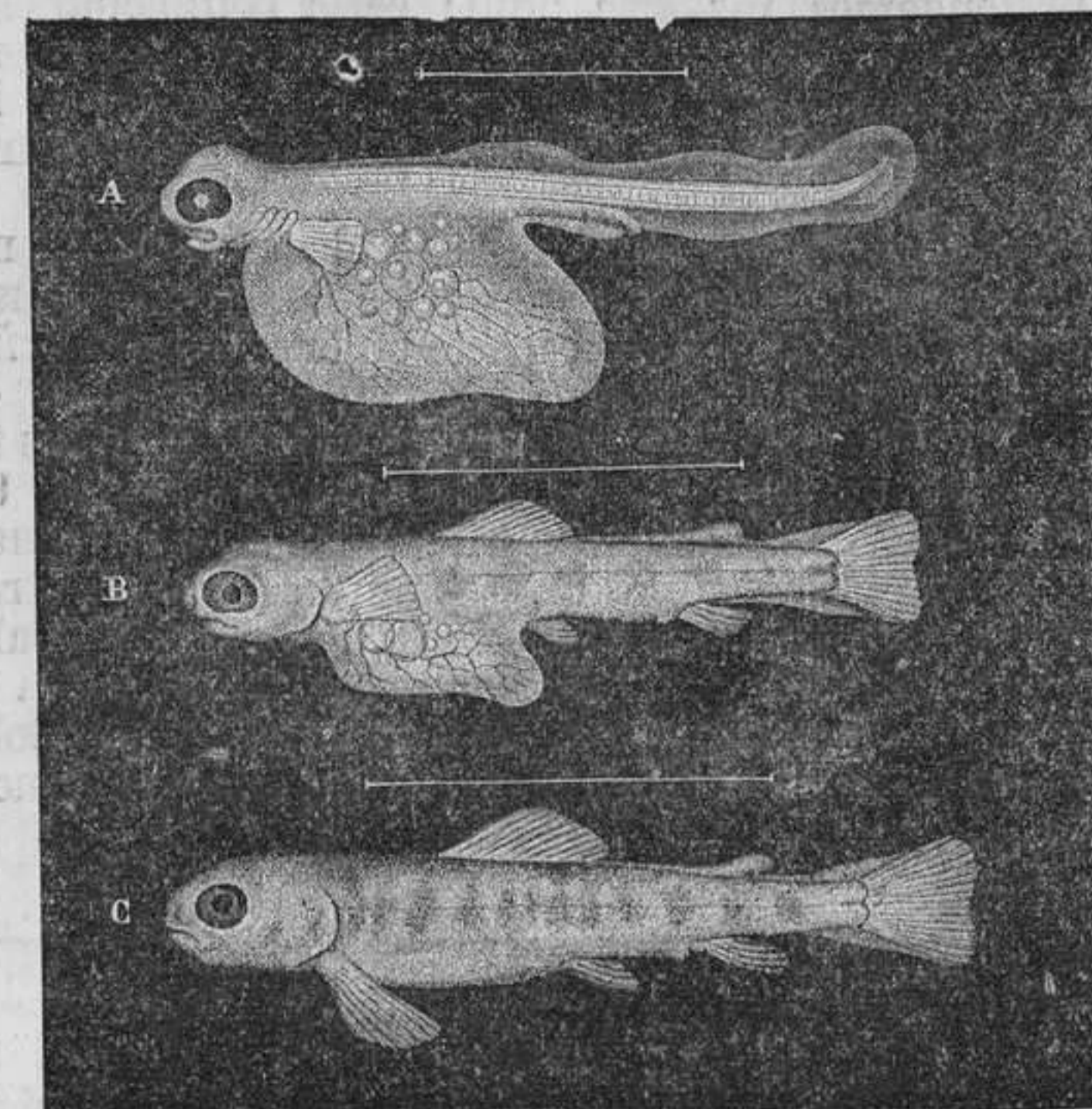
Abrigo para los pececillos.



A, huevo de salmon Heuch, de tamaño natural. — B, el mismo huevo mas grueso. — C, embrion de Heuch al nacer, abultado dos veces y media. — D, alevino de Heuch, dos meses despues de su nacimiento.

que se adhieren á los huevos deben ser destruidos prontamente sea por una corriente mas rápida, sea con un pincel, y si estos medios son insuficientes, hay que sacrificar á los sujetos atacados. Despues de su nacimiento, no todos los pececillos muestran el mismo instinto; los unos se dispersan buscando la luz viva, y los otros entorpecidos por una enorme vejiguilla umbilical, no se apartan mucho del lugar en que han nacido, permanecen tendidos de lado ó sobre la misma vejiguilla umbilical, huyen la luz, se buscan y se agrupan al abrigo de una piedra.

Entregar los pececillos á sí mismos despues de su nacimiento no puede ser una medida general para todas las especies. De ahí la necesidad de reunir los discípulos y de no abandonarlos sino el dia en que su fuerza y su instinto los pone al abrigo de los ataques de sus enemigos. — Cuando acaban de nacer, los pececillos guardan una dieta rigurosa cuyo término, variable segun las especies, se anuncia sin embargo entre todos por la desaparicion de la vejiguilla umbilical. El docto profesor trata del alimento propio para cada especie y describe las muchas experiencias que ha hecho ya el Colegio de Francia. Por nuestra parte dirémos en conclusion, que ya el Colegio de Francia ha dado nacimiento á millones de peces que crecen á muchos centenares de leguas de su cuna y que, gracias á la ciencia, han podido cumplir su emigracion en posta ó por los caminos de hierro y á muy poca costa.



A, trucha en su nacimiento. — B, la misma un mes despues. — C, la misma despues de la reabsorcion umbilical.